

Lou Carrigan

PROFESOR ESPECIAL DEL FBI


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

PROFESOR ESPECIAL DEL FBI

Colección LA HUELLA n.° 115
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 46.673 - 1976
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición en esta colección: enero, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1977

Capítulo primero

Isaac Forbes, director de la Academia Nacional del FBI en Quántico, Virginia, cerró la carpeta que contenía el último de los siete expedientes que había estado examinando. Apagó el cigarrillo y pulsó una de las teclas del «intercom».

—¿Señor? —Se ofrecieron en la línea.

—Pasa, Abel.

—En el acto, señor.

La puerta de la izquierda se abrió apenas tres segundos más tarde, y Abel Karr, secretario y ayudante del director de la Academia, entró en el despacho. Se colocó ante la mesa de su jefe, expectante, en silencio.

Isaac Forbes le tendió el grupo de siete carpetas.

—Llévaselas a Mike. ¿Están ellos esperando?

—Sí, señor.

—Que pasen. Dile a Mike que se los enviaré dentro de unos minutos.

—Sí, señor. ¿Algo más?

—Nada más.

Karr salió del despacho, para reaparecer a los pocos segundos, precediendo a un grupo de siete hombres, todos ellos jóvenes, fuertes, atléticos, de mirada viva, inteligente; de ademanes seguros, rasgos firmes, varoniles. Abel Karr los dejó allí y desapareció, cerrando la puerta.

—Buenos días, muchachos —sonrió Forbes—. Siéntense, hagan el favor… ¿Alguno quiere fumar?

Había señalado primero las siete sillas colocadas ante su mesa, y luego la cajita de cigarrillos, que se apresuró a abrir. Los siete hombres se sentaron, y cuatro de ellos aceptaron la invitación.

Todos miraban con gran atención al hombre que dirigía con amable firmeza y aguda inteligencia la FBI National Academy; nada menos que la Central, la Escuela Matriz de todas las restantes de que disponía el FBI en el país. La forja de los mejores agentes federales.

Isaac Forbes los estuvo mirando unos segundos, amplía su amable sonrisa tras la cual, todos lo sabían, se escudaba una de las más astutas mentes de todo el FBI.

—Bien… Parece que en este curso el FBI va a tener mucha suerte. Hace, apenas tres semanas que ha comenzado, y, según parece, han sido localizados ya siete agentes especiales… muy especiales, si me permiten decirlo así. Imagino que saben cuál es el motivo de mí llamada.

—Lo sabemos aproximadamente, señor —dijo uno de los estudiantes para
G-man.

—¿Aproximadamente? —Volvió a sonreír Forbes—. Bien, en ese caso, voy a aclarárselo del todo. No ignoran que hay diferencias entre los hombres. Diferencias en todo: de inteligencia, de poder físico, de astucia, de mentalidad, de sentimientos… Nuestra Constitución dice que todos los hombres son iguales y que merecen el disfrute de la felicidad. Eso es bien cierto. En cuanto a derechos humanos, todos somos exactamente iguales. Sin embargo, sería absurdo no admitir que hay hombres diferentes. Con los mismos derechos que los demás, insisto, pero diferentes en su capacidad total. De ahí salen los grandes médicos, los políticos importantes, los científicos de todas clases, etcétera… Y también —sonrió de nuevo— salen los agentes del FBI especiales… muy especiales. Ustedes siete, según las notas que han ido obteniendo en estas tres semanas escasas, son de estos últimos.

—¿Nos consideran superiores al resto de nuestros compañeros, señor?

—¿Superiores? —Forbes frunció pensativamente el ceño—. Yo no he empleado esa palabra, Chapman. He dicho diferentes.

—Entendido, señor.

—Magnífico. Y… Bien, puesto que son diferentes, van a tener la oportunidad de demostrarlo. Casi en todos nuestros cursillos surgen hombres como ustedes. Siempre muy pocos. El número de siete es tan poco corriente que hasta yo mismo estoy asombrado. Lo

corriente son dos o tres… de los cuales, a veces, ninguno llega al final, y cuando salen de aquí lo hacen con la misma puntuación, o aproximada, que los demás estudiantes. Pero, como es natural, en cuanto uno de los futuros agentes demuestra una superabundancia de aptitudes, se le pone a prueba. Una larga prueba, que dura hasta el final del curso. Si realmente sirve para agente especial muy especial, su… destino, su trabajo, será siempre especial. Si no, será un agente especial, como los demás, y su trayectoria, su carrera dentro del FBI, dependerá de lo que haga al salir de aquí, en la Delegación a la cual sea destinado…

—Perdón, señor —interrumpió otro estudiante—, ¿qué ocurre con los que resisten esa larga prueba?

—Digamos que salen de aquí con una… recomendación especial de la academia. Su destino profesional ya empieza a ser bueno apenas salen de Quantico.

—Oh, sí, entiendo, señor. Se le conceden mejores oportunidades, ¿no es así?

—Más o menos. Pero no en su beneficio exclusivo, Beaman, sino en beneficio de todo el FBI. Sería absurdo colocar a un hombre como Tony Leopard en una oficina, fijo… Por cierto, ¿sabéis algo de Tony Leopard?

Hubo siete sonrisas. Wallen comentó:

—Es frecuente ver su nombre en *The investigator*, señor.

—Sí… Nuestra revista ensalza a quién debe ser ensalzado. En el mismo caso están Clarence Hadaway, Mick Henris y otros… ¿También han oído hablar de ellos?

—Por supuesto. Mick Henris dirige la Delegación de San Francisco, y Clarence Hadaway… Bueno, según hemos deducido está junto al señor Edgar Hoover, en las oficinas centrales, en Washington. Parece que es… uno de nuestros mejores cerebros.

—Especialmente en espionaje —sonrió Forbes una vez más—. Debo aclarar que Clarence Hadaway no sólo tiene un cerebro… especial, sino una audacia personal que… Pero dejemos esto. Creo que ya han comprendido de lo que se trata: de buscar entre ustedes a un posible Tony Leopard, Mick Henris, Clarence Hadaway… Por eso, seguirán el cursillo especial. Hasta el momento los datos indican que es posible que ustedes sean de los fuera de serie. Pero, haya los que haya entre ustedes que merezcan ser diferenciados de

los demás, Mike de Brando lo descubrirá…

—¡El Hueso! ¿Nos va a enviar con él, señor?

Isaac Forbes frunció el ceño para mirar al alumno.

—Espero que cuando esté con Mike de Brando evite llamarlo así, Chapman.

—Lo siento, señor. Es que… Bueno, no he querido molestar a nadie, se lo aseguro. Pero usted sabe que al señor De Brando, por su… especial carácter, le llaman el Hueso.

—Lo sé. Y no me agrada, Chapman. Sé muy bien cuál es el carácter de Mike de Brando, porque le conozco hace años. Estuvo aquí antes que ustedes, y, por si les interesa, le diré que él también es un fuera de serie absolutamente.

—Lo sabemos, señor. No he pretendido…

—Está bien, Chapman. No ignoro que Mike de Brando es precisamente un hueso duro de roer para los alumnos. Pero si se van fijando en él, si lo analizan con calma, lo comprenderán como lo he comprendido yo cuando era solamente un alumno como ustedes, cuando era un agente en activo… E incluso lo comprenderán en su actual labor de profesor especial del FBI. Es cierto —todavía sonrió otra vez—. Mike de Brando es un «hueso». Pero si algo realmente diferente y especial hay en ustedes, él es el hombre más indicado para descubrirlo. No importa lo que ustedes hagan, o digan, o piensen: Mike lo descubrirá.

—¿Su decisión es inapelable? ¿Nunca se equivoca al juzgar a un alumno?

—Nunca, Chapman. Al menos, no lo ha hecho hasta ahora. Y son ya cuatro años que lleva peleando con chicos como ustedes. Cuatro años filtrando de su peculiar modo a los hombres que vienen aquí para un curso de quince semanas, el día en que De Brando se equivoque, él mismo pedirá el retiro. Por cierto, ¿lo conocen personalmente?

—Lo hemos visto en varias ocasiones.

—¿Qué opinan de él?

—Pues… Bueno, señor, para opinar sobre una persona hay que conocerla bien, tratarla…

—Es una buena idea, Rumsey —Forbes miró su reloj—. Pónganla en práctica inmediatamente. Si conozco bien a Mike, él llegará al Aula Cero dentro de quince minutos. Ustedes ya deberán

estar allí. Eso es todo. Les deseo suerte a los siete.

CAPÍTULO II

—Es de los que viven en la misma academia —dijo Wallen.

—No debe tener familia —apuntó Dawson.

—¿Cómo va a tener familia un hueso como él? —rió Chapman.

—Tiene uno de esos pequeños chalets para los residentes fijos del profesorado. Yo lo he visto alguna vez a través del ventanal. Fuma en pipa y siempre está leyendo.

—No siempre, Gilbert —contradijo Howard—. Estoy seguro de que también se dedica a escuchar música.

—Me gustaría saber por qué un tipo tan especial como él se ha dedicado a profesor. Si era tan buen agente…

—Oh, vamos, no me digas que no lo sabes, Rumsey —protestó Beaman—. Tuvo una pelea con unos espías, en Honolulú, y le metieron dos balas en una pierna. El acabó con los espías, pero quedó cojo de la pierna izquierda… ¿Tampoco lo has visto cojear?

—Es cierto —admitió Rumsey—. Cojea un poco de esa pierna. Pero no sabía a qué era debido.

—Pues ya lo sabes. Desde luego, estamos listos. Si es todo lo que nos han dicho, las vamos a pasar negras.

—O moradas —volvió a reír Chapman—. Es realmente un hueso, os lo aseguro. Aunque a veces…

—¿Qué…?

—Bueno… ¿Os habéis fijado bien en su cara?

—Seca y hosca como la de un ogro. Claro que nos hemos fijado. Santo Cielo, estamos perdidos…

—No creo —musitó Chapman.

—Vamos, vamos, muchachos —rió ahora Howard—. Parecemos niños en día de exámenes. Somos futuros agentes del FBI, no alumnos asustados. En cuanto al Hueso, yo…

—Buenos días, caballeros.

Howard se atragantó, volviéndose como un relámpago hacia la puerta del Aula Cero. Su mirada chocó con la del recién llegado, y tuvo la impresión de que, súbitamente quedaba desnudo, examinado con rayos equis, al descubierto su cerebro, sus pensamientos… Fue el último en contestar, tragando saliva. También fue el último en sentarse, mientras el recién llegado se dirigía a la mesa que encabezaba la pequeña aula, tras indicarles a todos que podían hacerlo, con una seña.

Verdaderamente, la sola presencia de Mike de Brando imponía en alto grado. Medía seis pies y una pulgada, sus hombros eran anchísimos, su cintura asombrosamente fina, sus manos grandes producían la impresión de estar hechas de barro con armazón de acero… Un atleta sorprendente, casi gigantesco. El único que se le aproximaba en estatura era Chapman.

Pero lo más notable en Mike de Brando era su rostro, que también parecía de barro cocido, muy tostado por el sol, como las manos. Un rostro seco, enjuto, impávido, de boca grande y firme, de barbilla aguda hasta parecer agresiva. Un cráneo perfecto, amplia la frente. Los cabellos castaños mostraban abundantes canas en las sienes, quizá demasiadas, en términos generales, para un hombre de treinta y siete años… Lo más notable en Mike de Brando eran sus ojos, empero: gris oscuro, fijos, taladrantes, grandes, de párpados alargados. Parecía no ver nada… y verlo todo al mismo tiempo. Una mirada desconcertante, que parecía vacía, indiferente, pero que, de súbito, podía hacer creer a cualquiera que lo estaba desnudando, llegando hasta el último rincón de su cerebro.

Mike de Brando quedó en pie tras su mesa. Cuando dejó de cojear ligeramente, su estatura pareció aumentar. Encendió un cigarrillo, miró por la ventana el hermoso sol y se sentó, dejando las siete carpetas sobre la mesa.

—¿No decías que fumaba en pipa?

—Hombre, eso debe ser cuando…

El alumno se calló de golpe cuando la gris mirada del profesor especial del FBI se fijó en él, impávida. El silencio fue entonces total en el Aula Cero.

Mike de Brando, con el cigarrillo entre los labios, abrió la primera carpeta, donde, además del informe sobre cada uno de los

alumnos, había la correspondiente fotografía. De la carpeta, su mirada fue directa a Randall Beaman, y estuvo fija allí durante cinco segundos. Luego, velozmente, leyó el informe del alumno. Apenas cinco minutos. Después le tocó a Tully Dawson recibir de lleno la directa mirada impávida de Mike de Brando, antes de que éste leyese el correspondiente informe…

Y durante tres cuartos de hora no se hizo nada más en aquella aula. Uno a uno, los siete alumnos fueron examinados en breve mirada por Mike de Brando: Randall Beaman, Tully Dawson, Amos Chapman, Lewis Gilbert, John Howard, Peter Rumsey, Morton Wallen. Uno a uno, los informes fueron leídos, siempre velozmente; pero todos comprendieron que, para enterarse de un escrito, Mike de Brando no precisaba perder ni un segundo de tiempo.

Finalmente, el profesor especial del FBI dejó a un lado las carpetas, encendió otro cigarrillo y miró hacia sus flamantes alumnos.

—Mi nombre, ustedes lo saben, es Mike de fijando —dijo de pronto—. Durante unas cuantas semanas ustedes y yo estaremos en frecuente contacto, puesto que me dicen que son ustedes diferentes al resto de los componentes de este cursillo. El señor Forbes ya les habrá explicado en qué consiste eso de ser «diferente», de modo que me ahorraré palabras en ese sentido. Como punto de partida, ustedes se cambiarán de dormitorio. He ordenado ya que preparen los de los alumnos del Aula Cero. Dos en dos dormitorios, y tres en otro. Ustedes se acomodan a su gusto, eligiendo compañero de dormitorio. A propósito de dormitorios: esta tarde, a las seis, pasaré a revisar los de ustedes, advirtiéndoles ahora mismo que soy casi un fanático del orden perfecto. En mi opinión, y siempre bien entendido que no pretendo molestarlos, creo que siete hombres diferentes en un solo cursillo son demasiados. Yo me conformaría con uno o dos que llegasen al final, y por mí parte haré lo posible para que lleguen los siete, aunque, realmente, sólo depende de ustedes. Yo no puedo ver más de lo que ustedes tengan, ni puedo añadirles facultades. Su esfuerzo deberá ser el máximo y el correcto en todo momento. La energía y la inteligencia jamás deben ser desperdiciadas. No habrá excusas de ninguna clase para quien pretenda justificar un olvido de enseñanzas, un horario, una orden, una lección de cualquier tipo. Lo que yo diga, deberá quedar

grabado para siempre en sus mentes. Y sólo lo diré una vez. Cada cosa la diré solamente una vez, y deberá ser suficiente. Les ruego su máxima atención, su colaboración conmigo. El que no esté contento de aprender conmigo, podrá decirlo libremente, y regresar al barracón general. El que crea que yo estoy equivocado, deberá decirlo en el acto, interrumpiéndome si es preciso… Pero que lo piense bien antes de hablar. No quiero fallos de memoria, ni de atención, ni de dedicación a este esfuerzo que vamos a realizar los ocho. Imagino que ustedes saben muy bien cuál es mi chalet en el campamento. A cualquier hora del día o de la noche, si precisan algo de mí, sea absolutamente lo que sea, podrán pedírmelo, sin vacilación de ninguna clase, porque quiero que todos ustedes me consideren, a partir de este momento, su mejor amigo, su más leal compañero… Y me gustaría poder demostrárselo, aquí o fuera de aquí, para asuntos personales o profesionales. Como profesor especial de ustedes, les pido el máximo esfuerzo, pero no olviden que estoy a su completa disposición para todo y en todo momento. Siempre que lo deseen, pueden entrar y salir de mí casa, llamarme, consultarme… —Se puso en pie, apagó el cigarrillo y casi sonrió—. Sean bienvenidos al Aula Cero. La clase ha terminado por hoy.

Recogió las carpetas, volvió a mirarlos a todos y salió del aula.

Randall Beaman suspiró profundamente y se relajó.

—Fiuuu… —Silbó—. Jamás vi un apodo mejor aplicado: El Hueso.

Amos Chapman lo miró, pensativo.

—Quizá te estés equivocando, Randall.

—¿Equivocando? ¿En qué?

—Yo tengo la impresión de que lo vamos a pasar estupendamente con De Brando. Le he visto el truco a la primera.

—¿El truco? —Casi rió Gilbert—. ¿Qué truco puedes emplear con semejante máquina?

—Sólo hay uno, Lew: ser otra máquina.

—¡Al demonio! Nosotros somos máquinas, no hombres… —rieron todos, y Gilbert alzó las manos, corriendo—. Está bien, está bien, he querido decir que somos hombres, no máquinas.

—Máquinas especiales, Lew —insistió Chapman—. Es un truco simple: haz siempre lo que debas hacer. Si lo consigues, te meterás en el bolsillo a Mike de Brando, alias ***el Hueso***.

CAPÍTULO III

Uno de los dormitorios fue ocupado por John Howard y Peter Rumsey. Otro, por Amos Chapman y Lew Gilbert. Otro, el de tres literas, por Randall Beaman, Morton Wallen y Tully Dawson.

Los dos primeros dormitorios fueron pasados sin novedad por la metódica revista de Mike de Brando. Pero en el tercero, tras una breve mirada a las literas, sus ojos quedaron fijos en el libro que se veía sobre la mesita redonda del centro del dormitorio.

—¿Y ese libro? —preguntó.

—Mío, señor —se adelantó Wallen.

—¿Qué hace ahí?

—Leo un rato por las noches, señor.

—¿Es de noche ahora, quizá?

—No, señor —enrojeció levemente el alumno.

—¿Entiendo que no está utilizando ese libro ahora?

—No, señor. No lo estoy utilizando.

—Entonces, tenga la bondad de colocarlo en su sitio. Imagino que ese sitio es la librería.

Morton Wallen recogió el libro y lo colocó en la librería, un poco turbado y casi airado. Cuando se volvió, De Brando estaba anotando algo en una pequeña libreta de tapas negras y bordes rojos. Fuera del dormitorio, en el pasillo, estaban los ocupantes de los otros dos cuartos, expectantes. Beaman y Dawson miraban fijamente al profesor especial.

—¿Puedo… saber qué está anotando, señor? —musitó Wallen.

—Por cierto: una nota para usted.

—¿Mala, supongo?

—Irremediablemente, Morton, lo siento.

—Pero, señor, por un libro…

Mike de Brando frunció el ceño.

—Le diré algo, Morton: quien olvida un libro, olvida cualquier otra cosa. Por ejemplo, un billete de tren, o un pasaje de avión, o una colilla de determinada marca de cigarrillos, o un botón, o un pañuelo de bolsillo, o un encendedor… Cualquiera de estas cosas puede servir de pista para un buen investigador. Si ese investigador es un espía o contraespía enemigo, puede saber de dónde ha venido usted, o adónde piensa o pensaba ir, o en qué país ha sido confeccionado su traje, o cuáles son las iniciales de su verdadero nombre si ha dado otro, o encontrar la microcámara en el encendedor, o saber si fuma usted cigarrillos americanos o egipcios. Es… el extremo del hilo por el cual se llega al ovillo. Espero que me haya comprendido, Morton.

—Sí, señor. Lo siento de veras.

De Brando asintió con la cabeza, guardó la libreta y miró a su alrededor, siempre de aquel modo peculiar que producía la impresión a cada uno de ser el único que merecía su perspicaz atención.

—A los demás, los felicito. Y advierto que en cualquier momento que me parezca pasaré por sus dormitorios en busca de algo que no esté en su lugar exacto. Es lógico utilizar las cosas de las que nos servimos; y es igualmente lógico dejarlas en su sitio, para encontrarlas sin vacilaciones cuando volvamos a necesitarlas. ¿Alguna duda, pregunta, sugerencia…?

Nadie contestó.

Mike de Brando miró su reloj y casi sonrió otra vez, como por la mañana.

—¿A alguno de ustedes le gusta la música de Gershwin?

La pregunta sorprendió un instante a los siete seleccionados.

—A mí, señor —dijo Chapman, adelantándose.

—Sin duda tengo en mi casa la composición que prefiera de él, Amos. Y me dispongo a escuchar a Gershwin esta tarde. Está invitado, si le interesa. Y los demás también, naturalmente.

—Se lo agradezco, señor —musitó Chapman—. Quizá en otro momento, si no le importa.

De nuevo asintió con la cabeza el profesor especial. Los fue mirando de uno en uno, hasta comprender que ninguno tenía ganas de música aquella tarde.

—Mañana, a las seis de la mañana en punto, prácticas de tiro de rifle en el Campo Dos —dijo—. Se realizarán sin luz artificial. Buenas tardes a todos.

Se dirigió hacia la puerta, de la cual se apartaron los futuros G-men alojados en los otros dormitorios. Peter Rumsey alzó una mano, y De Brando se quedó mirándolo amablemente.

—¿Sí, Peter?

—Emmm… Bueno, señor, entiendo que no se encenderán las luces para las prácticas de tiro…

—No se encenderán.

—Pero… a las seis de la mañana, en esta época del año, es… todavía de noche, señor.

—Ciertamente.

—Parece que no podremos ver… muy bien los blancos, señor.

—Así parece. Además, no tirarán sobre blancos de diana, sino sobre siluetas. Ya está comprobado que ustedes son excelentes tiradores con diversas armas. ¿A qué perder el tiempo, entonces, dejándoles que se luzcan en algo que todos sabemos ya que hacen muy bien? Hay que aprender, no machacar sobre lo ya sabido o conocido.

—Lo entiendo, señor. Pero si no vemos bien la silueta…

—Es algo que quizá pueda ocurrirle más adelante en la vida real Peter. Y quizá no sea una silueta lo que tenga rondando cerca de usted, sino un hombre armado… que le esté buscando.

Peter Rumsey se mordió los labios.

—Entiendo, señor.

—Lo celebro. Hasta mañana.

CAPÍTULO IV

A las seis exactamente en punto, cuando todavía se veían las estrellas brillando sobre las aguas del cercano Potomac River, Mike de Brando apareció en el Campo Dos, inconfundible por su estatura, la anchura de sus hombros y, sobre todo, por su leve cojera en la pierna izquierda.

Los siete alumnos ya estaban allí, listos los rifles, todo preparado, todos ellos, igual que el profesor especial, bien abrigados con los gruesos chaquetones. Excepto por la izquierda, en dirección al Potomac, se hallaban rodeados de espeso bosque. El Campo Dos estaba casi en el centro del complejo de prácticas de tiro, compuesto por diversos rectángulos señalizados para diferentes armas; pistola, rifle, ametralladora y prácticas especiales. Lugar de entrenamiento para los hombres del FBI dentro de la base del Marine Corps.

—Buenos días, caballeros.

—Buenos días.

—O quizá buenas noches, señor —sonrió Chapman.

—Pronto amanecerá, Amos —casi sonrió De Brando—. ¿Qué le ocurre? ¿No le gusta madrugar?

—A mí me gusta todo y no me gusta nada, señor. Depende de las circunstancias.

—Ésa es una inteligente actitud. ¿Todos listos?

El silencio, obviamente, fue una respuesta afirmativamente. Mike de Brando señaló hacia la blanca caseta de control de blancos móviles.

—Yo actuaré los mandos. Cada uno, una silueta. Deberán…

—Falta que las veamos, señor —insistió Peter Rumsey.

—¿Su vista está mal, Peter?

—No, señor, desde luego… ¡Claro que no!

—Entonces, deberá ver la silueta, apareciendo frente a usted. Le aconsejo que se vaya acostumbrando a cosas parecidas. Colóquense cada uno en su sitio. Dentro de dos minutos comenzaré a mover las siluetas. Disparen exclusivamente a la que les corresponda. Y solamente cinco tiros.

—¡Cinco tiros! —exclamó Dawson—. Pero, señor, son pocos. No es posible…

—¿Cree usted que si esa silueta fuese un hombre armado le dejaría disparar muchos más, Tully?

—Pues… No. No, señor. Supongo que no.

—No lo suponga: delo por completamente seguro. ¿Preparados?

Se fue hacia la caseta de control, sin esperar respuesta. Por una de las alargadas ventanillas los vio tenderse en el suelo, prepararse… Exactamente cuando se cumplían los dos minutos, comenzó a actuar en los mandos.

Y, al instante, los rifles comenzaron a disparar. Rifles automáticos que callaron de pronto, antes de cumplirse diez segundos. Mike de Brando se disponía a salir de la caseta cuando vio a uno de sus especiales alumnos separarse del grupo, deslizándose con el vientre pegado al suelo por el campo de tiro, evitando las rayas blancas señalizadoras o pasándolas rápidamente.

De Brando casi sonrió y esperó pacientemente. El alumno se deslizó todavía no menos de veinte pies más hacia la silueta. Entonces, se acomodó el rifle en el hombro y disparó sus cinco balas. Hecho esto, se puso en pie y regresó tranquilamente a la línea formal de tiro, donde le esperaban sus compañeros, haciendo diversos comentarios sobre su incursión al campo de tiro propiamente dicho.

Mike de Brando llegó casi al mismo tiempo que él.

—¿Qué ha pretendido demostrar, Amos? —preguntó.

Amos Chapman sonrió y encogió los hombros.

—Me convencí a mí mismo de que esa silueta era un enemigo auténtico, señor. Y me dije que tenía más probabilidades de cazarlo si me acercaba más a él.

—¿Quizá no veía bien la silueta?

—La veía perfectamente.

—Entonces, debió permanecer a cubierto. Su audacia, en este

caso, no estaba justificada. ¿Por qué arriesgarse pudiendo disparar desde lugar seguro?

—Bien… Yo he actuado de acuerdo a como veo yo las cosas, señor. Lamento no merecer su aprobación.

—Vayan a ver sus resultados —dijo secamente De Brando.

Los siete fueron hacia las siluetas, mientras De Brando encendía el primer cigarrillo del día. Cuando regresaron sabía ya, por supuesto, quién había hecho más blancos en la silueta. Seis de ellos habían conseguido entre uno y tres.

—Cinco —dijo Amos Chapman.

—Está bien, Amos. Le anotaré tres blancos.

—¿Cómo? —exclamó Chapman—. Pero ¡he hecho cinco blancos, señor!

—Yo le anotaré tres, igual que el que más ha hecho de nuestros compañeros.

—Pero… No es justo, señor. ¡He acertado todos los…!

—Si quiere que le anote cinco, tome su rifle y vuelva a disparar, desde aquí, como han hecho los demás.

—Se supone que me he jugado la vida, ¿no es cierto? Y si así es, merezco los cinco blancos, señor. Además, no es posible acertar todos los disparos desde aquí.

—¿Por qué no?

—Pues… ¿Acaso los acertaría usted?

—Es posible.

—¿Posible? Es algo que me gustaría ver.

—No soy yo el alumno, sino usted, Amos.

—Bueno, sí… Pero yo he hecho cinco blancos, señor. No es justo que me anote tres, insisto en ello.

—Si quiere cinco blancos, dispare desde aquí, yo también insisto.

—Podríamos arreglarlo de otro modo, señor. Disparamos usted y yo. Si usted acierta más blancos, me pone un cero. Si yo acierto más blancos que usted, me anota cinco blancos.

—Eso es una tontería, Amos. Y una irregularidad.

Los otros seis alumnos comenzaron a comentar la inesperada situación, y Mike de Brando captó muy pronto de qué parte estaban. Si Amos Chapman había hecho cinco blancos, ésa debía ser su nota. O, al menos, merecía la oportunidad de demostrar que

podía hacer los cinco blancos desde allí.

—¿Sabe actuar los mandos, Peter?

—Sí, señor.

—Vaya a la caseta y levante dos siluetas de las no usadas en esta ocasión. Y déjeme su rifle.

Peter Rumsey entregó el rifle al profesor especial y corrió a la caseta. De Brando y Chapman se desplazaron a un nuevo callejón cada uno, y se tendieron en el suelo, fija la mirada frente a ellos… Un minuto más tarde, las siluetas eran alzadas por Rumsey, y diez disparos fueron sonando con breves espacios… Rumsey salió enseguida de la caseta, corriendo, directo hacia las siluetas. Tully Dawson y John Howard también corrieron hacia allí.

Cuando regresaron, Tully alzó su mano abierta ante De Brando.

—Cinco, señor —musitó.

—¿Y yo? —preguntó Chapman.

—Has perdido, Amos: cuatro.

—Bien… Mi primer cero. Y precisamente en lo que mejor domino. ¿Significa eso que quedo fuera del grupo, señor?

—Le anotaré cuatro blancos, Amos. Son los que ha hecho.

—Pero usted ha hecho cinco, y quedamos en que…

—Usted ha hecho cuatro blancos, y ésos son los que yo voy a anotarle. La amistosa competición entre nosotros es cosa aparte… ¿Está conforme?

—Por supuesto, señor… Y gracias.

—Vayan a arreglar bien sus dormitorios, repasen sus conocimientos de electrónica general, y desayunen.

—Su rifle, Peter. Lo han hecho todos bien, pero no admitiré en el grupo a quién dentro de una semana no haga, como mínimo, dos blancos. ¿Entendido, John, Tully? —Sí, señor.

—Lo haremos, señor.

—Magnífico. A las nueve, en la Aula Cero.

CAPÍTULO V

A las nueve en punto, el profesor especial del FBI entraba en la Aula Cero. Los alumnos estaban todos allí, y ni siquiera les dio tiempo a acabar de ponerse en pie, con sus señas para que no se movieran.

Se sentó… y se quedó mirando el papelito que tenía en la mesa… No. No era un papelito, sino un sobre pequeño… Lo cogió, lo abrió y sacó de dentro una cartulina de las empleadas para tarjetas de visita, pero sin ningún nombre impreso en ella. Solamente, en letras mayúsculas hechas a mano alguien había escrito:

> «MIKE DE BRANDO: TU VIDA ESTA LLEGANDO AL FINAL. PERO ANTES. DEBERAS PASAR MUCHAS ANGUSTIAS, HASTA QUE UNO DE LOS HOMBRES QUE TIENES ANTE TI TE MATE».

El rostro del profesor especial del FBI no se alteró lo más mínimo. Ni siquiera leyó por segunda vez la corta y amenazadora misiva. Metió la cartulina en el sobre y se guardó éste tranquilamente.

Alzó la mirada hacia sus alumnos de pronto, y se dio cuenta de que todos lo estaban mirando expectantes. Todos igual, del mismo modo. De Brando fue mirando aquellos ojos sucesivamente, en busca de alguna diferencia de expresión.

—Es la hora de la clase de electrónica —dijo impertérrito—. Puesto que sabemos muy bien lo complejo de esta ciencia, quiero advertirles que no produce puntuación alguna en sus notas. Bastará con que conozcan los principios fundamentales necesarios para que, el que así lo desee, siga luego unos estudios completos, aparte de

este curso. Si tienen alguna duda sobre mis palabras, levanten una mano.

Ninguna mano se alzó. Mike asintió con la cabeza y abrió un grueso libro, estuvo un par de minutos leyendo en una página, y alzó la cabeza.

—Usted mismo, Morton, ¿puede definirme la electrónica?

—Creo que sí, señor. La electrónica es… la rama de la Ciencia y de la Técnica que trata de los dispositivos electrónicos y su uso, definiendo como tales dispositivos electrónicos aquéllos en que tiene lugar la conducción de electrones a través del vacío, de un semiconductor o de un gas.

—Magnífico, Morton. Espléndido de verdad. John, ¿puede decirme qué es un cátodo de caldeo directo?

—Pues… Mmmm… Me parece que es…

—¿Le parece? ¿No está seguro?

—Sí, señor; estoy seguro.

—En tal caso, diga «lo que es», no lo que «le parece».

—Sí, señor. El cátodo de caldeo directo es un filamento de tungsteno, cubierto de óxido de torio. A menudo se presenta en forma de cinta, y es…

—Es suficiente —casi sonrió De Brando—. Amos, cíteme un tipo de circuito rectificador.

El más alto de los alumnos, rubio, sonriente y atractivo, replicó en el acto, sin vacilar, con la misma, decisión con que había demostrado ser el mejor tirador del grupo:

—Graetz. Se monta disponiendo…

—Suficiente, Amos. Muy bien. Veamos, Peter, ¿qué es…?

—La clase de electrónica ha terminado —dijo el profesor—. Los espero dentro de veinte minutos en el gimnasio. Hoy: judo teórico y práctico.

Los siete futuros agentes asintieron con la cabeza y se pusieron en pie, esperando la siempre veloz salida del profesor. Pero Mike de Brando permaneció todavía sentado, pasando su mirada de uno a otro.

—Antes, quisiera pedirles un favor. Es un favor, no una orden del profesor, de modo que el que así lo quiera puede negarse. El que no tenga inconveniente, que escriba mi nombre en una hoja de papel. Lo hará cuatro veces, a saber: primera, en escritura normal,

con la mano derecha; segunda, en escritura normal, con la mano izquierda; tercera, en mayúsculas, con la mano derecha; cuarta, en mayúsculas, con la mano izquierda. En el orden citado, por favor.

Ni uno solo de ellos se negó a aquel capricho del profesor especial del FBI. Cuando éste comprendió que todos lo habían hecho, se puso en pie, fue a los bancos, recogió los siete papeles, sin mirarlos, y los guardó.

—Gracias a todos.

CAPÍTULO VI

Sonó la llamada en el «intercom», e Isaac Forbes se apresuró a atenderla.

—¿Sí, Abel?

—El profesor Carter está aquí, señor.

—Que pase inmediatamente.

Abel Karr introdujo a Phileas Carter en el despacho del director de la academia y se retiró. El profesor de Grafología de la academia saludó a Forbes y miró con inevitable simpatía a De Brando.

—Hombre, Mike, esto es increíble… ¿No tienes nada que hacer? Me extraña en ti, porque…

Mike de Brando se limitó a casi sonreír. Isaac Forbes tendió la cartulina a Carter, tras indicarle que se sentara.

—Mike ha encontrado esto en su mesa del Aula Cero, Phil. A ver qué opinas.

Carter leyó el mensaje de la cartulina y alzó la cabeza, mirando sobresaltado a De Brando.

—Demonios… Esto es increíble, Mike. ¿Por qué había de querer matarte uno de tus alumnos?

—Supongo que es una broma, Phil. Tengo siete papeles con escritura de esos muchachos. Te agradecería que las comprobases con la de la tarjeta.

—Oh, entiendo… ¿Quieres darle un escarmiento al bromista?

—¿Escarmiento? No. ¿Por qué? Eso es una puntuación buena para él, Phil.

—¿De veras? —se asombró el grafólogo.

—Por supuesto. Hace falta osadía para enviarme a mí un anónimo amenazante. Y la osadía es un buen punto a favor del alumno… si la administra bien.

—Bueno… Tú tienes tus puntos de vista, de modo que no vamos a discutirlos. Veamos esos papeles.

Isaac Forbes se los entregó, y Carter se dedicó a examinarlos atentamente, cotejando las escrituras de cada uno de ellos con la de la tarjeta. Dedicó a ello casi cinco minutos. Y cuando levantó la mirada, parecía decepcionado.

—No parece de ninguno de ellos, Mike.

—¿Estás seguro?

—Bueno… Tendría que dedicarle más tiempo a esto, recurrir a la lupa, analizar las tintas de la tarjeta y de las hojas de esos muchachos… Es largo y laborioso. ¿Lo hago, Isaac?

—Mike tiene la palabra —replicó Forbes.

Se quedaron mirándolo los dos, mientras De Brando permanecía pensativo, casi sonriente. Al fin murmuró:

—¡Hazlo, Phil, si no tienes inconveniente! Pero sin prisas… No quisiera perjudicarte en tu tiempo libre.

—Hombre, Mike, tú sabes que somos…

—Lo sé, Phil. Bueno —miró su reloj—: Ya es casi la hora del judo. ¿Vas hacia tu clase, Phil? Podemos ir juntos…

CAPÍTULO VII

Cuando apareció en la sala de judo, con el atuendo de judoka, los siete alumnos ya estaban allí, preparados para empezar la clase. Sé quedaron mirando no poco impresionados a aquel gigante que caminaba cojeando hacia ellos, siempre impávido el tostado rostro, que parecía de barro cocido. Lo más impresionante de todo era el cinturón del profesor especial del FBI: rojo y blanco.

—Caramba, señor… —musitó Tully Dawson—. No nos imaginábamos que hubiese alcanzado usted tan alto grado.

—Es cuestión de entrenamiento, Tully. Y de capacidad, por supuesto. Imagino que todos ustedes conocen las diversas categorías de los judokas…

—Yo las conozco —sonrió Amos Chapman.

De Brando lo miró un instante. Luego señaló a Lew Gilbert con la barbilla.

—Dígalas usted. Lew.

—¿Por qué no yo? —protestó Chapman—. Puedo obtener una buena puntuación con ello, señor. Pero si lo que ocurre es que usted no cree que yo sepa eso…

Mike de Brando lo miró casi asombrado.

—Por supuesto que le creo, Amos. Y por eso mismo no se lo pregunto a usted, sino a otros que quizá no lo sepan, para que lo sepan la próxima vez si no quieren un cero en la puntuación… Jamás se me ha ocurrido pensar que uno de mis alumnos me diga una mentira, Amos. Espero que tenga esto bien presente.

—Sí, señor. Lo siento.

—Bien. ¿Lew? ¿Conoce los grados?

—Sí, señor. El primero…

—Un momento. Iremos a la pizarra. Y allá me escribirá usted los

grados, así como el color de cinturón que corresponde a cada uno. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

Se dirigieron todos a la pizarra del fondo del gimnasio, donde se veían dibujadas algunas de las figuras de presa de judo. De Brando señaló una parte limpia de la pizarra.

—Empiece, Lew.

—¿En mayúsculas, minúsculas, con la mano derecha, con la…?

—Como usted quiera —cortó secamente Mike.

Se quedó mirándolo un instante, fijamente. Luego, mientras el alumno se aplicaba en la pizarra, él se sentó ante los demás, con las piernas cruzadas, mirándolos uno a uno…

—Ya está, señor.

De Brando se puso en pie y se colocó ante la pizarra, en la que Lewis Gilbert había escrito:

KYOU (Alumnos):

- 6… Roku, cinturón blanco.
- 5. Go, cinturón amarillo.
- 4. Shi, cinturón anaranjado.
- 3. San, cinturón verde.
- 2. Ichi, cinturón azul.
- 1. Ichi, cinturón marrón.

DAN (Maestros):

- 1. Ichi (Sho), cinturón negro.
- 2. Ni, cinturón negro.
- 3. San, cinturón negro.
- 4. Shi (Jo), cinturón negro.
- 5. Go, cinturón negro.
- 6. Roku, cinturón rojo y blanco.
- 7. Shichi, cinturón rojo y blanco.
- 8. Hachi, cinturón rojo y blanco.
- 9. Ku, cinturón rojo y blanco.
- 10.
  Ju-Dan,
  cinturón rosa.

—Magnífico, Lew.

—Gracias, señor.

—Randall —miró al alumno—, ¿qué cinturones llevan las mujeres judoka?

—Los mismos, señor. Pero con una banda blanca a media altura del cinturón.

—Muy bien. Peter, ¿se utilizan alguna vez kimonos negros?

—Sí, señor. Sólo en las grandes ocasiones, sin embargo… Oh, y nada más pueden llevarlo los judokas que han alcanzado el sexto grado de Dan.

—Espléndido, Peter. ¿Todos ustedes conocen esta tabla de grados del judo?

Nadie contestó, de modo que, efectivamente, todos la conocían.

—Pasaremos entonces a la clase práctica. Para el próximo día, estudien y practiquen entre ustedes la técnica
«Koua-Tsou»…
¿Sabe lo que es eso, Amos?

—La técnica de la reanimación, señor.

—Perfecto. Vamos al «tatami». La primera pareja la formarán Randall y Morton. La segunda, Lew y Tully. La tercera, Peter y John.

—¿Yo no practico, señor? —sonrió Chapman.

—Después, Amos… Después.

—Me gustaría luchar con usted, si le parece bien.

Mike de Brando se quedó mirándolo de aquel modo fijo, taladrante. Por un instante, los alumnos tuvieron la impresión de que había pasado un destello irónico por los grises ojos del profesor.

—¿Por qué no, Amos?

—Puede ser una pelea desigual, señor —intervino John Howard —. Usted es cinturón rojo y blanco… Por cierto, ¿de qué grado?

—Soy «Hachi», John… Octavo grado de Dan. ¿Aún quiere luchar conmigo, Amos?

—Desde luego, señor.

—Espero que se de cuenta de mí grado. Después de mí, sólo existe el «Ku», y, finalmente, el maestro de maestros, o
«Ju-Dan».

—Creo que para aprender hay que hacer las cosas con quien las sabe bien, señor —sonrió Chapman.

—Sin duda. Pero es un riesgo, ¿no cree?

—Bueno… Quizá ignore que yo soy cinturón negro, señor. Antes de venir a la academia, ya había…

—Sé que es cinturón negro. Está en su expediente, Amos. Pero usted es «Ichi», y yo soy «Hachi». De todos modos, no es cosa de perder el tiempo en comentarios. Morton, Randall, al «tatami».

—Bueno —sonrió Amos Chapman—. Parece que nos toca a nosotros, señor.

De Brando no contestó. Estaba mirando a John y Peter, que se acercaban al borde del «tatami», arreglándose el equipo, jadeando. Peter Rumsey se quedó mirando expectante a su profesor.

—¿Cómo lo hemos hecho, señor?

—Muy bien, Peter. Usted y Tully espero que alcanzarán muy pronto el cinturón negro. Los demás tardarán todavía no menos de seis meses. Espero que cuando salgan de la academia continuarán entrenándose. En cuanto a Lew —lo miró—, le aconsejo que dedique diez minutos extras de gimnasia a dar flexibilidad a su cintura… ¿Todo entendido?

—Sí, señor.

—De acuerdo. Vamos, Amos.

Subieron los dos al tatami, ante la expectación de los otros alumnos. Efectuaron el correcto saludo de rigor, y Amos Chapman dio el primer paso hacia delante, con las manos tendidas.

Asió los reforzados bordes del blusón de Mike de Brando, hizo una finta con el pie izquierdo, se apoyó velozmente en él y derribó limpiamente al profesor con el derecho.

—¡Bien! —gritaron sus seis condiscípulos.

—¡Ya es tuyo, Amos! —rió Morton.

Animado ante aquel éxito, Chapman volvió a la carga. De nuevo asió los bordes del blusón de Mike, giró inicialmente hacia la derecha, volvió a toda prisa hacia la izquierda, inclinándose para voltear al profesor… y sus dos pies dejaron de tocar el suelo, para caer de espaldas como un saco ante los de Mike, cuyo limpísimo golpe en los tobillos de Chapman había sido simultáneo con el desprendimiento de la presa.

Amos Chapman se sentó y miró con el ceño fruncido a su profesor, que permanecía inalterable. Se puso en pie de un salto y de nuevo tendió las manos. Los dos efectuaron la presa de agarre en

el blusón contrario y cambiaron unos cuantos golpes de zancadilla, sin resultado… hasta que Chapman metió uno de sus pies entre los de De Brando, lo abrió hacia la derecha, y derribó a Mike.

De nuevo en pie. Nuevo agarre. Amos Chapman inició un ataque con los pies otra vez. De pronto, se inclinó, volviéndose, y cuando, al parecer, Mike de Brando esperaba el volteo, lo empujó hacia atrás, derribándolo una vez más de espaldas.

De Brando se puso en pie y se inclinó ante el alumno.

—Muy bien, Amos. A partir de ahora, usted formará pareja con Lew, que es quien más entreno precisa. La clase ha ter…

—Podemos seguir —sonrió Chapman—. Yo no estoy cansado, señor.

Se quedó mirándolo, siempre con aquella sonrisita de muchacho simpático y seguro de sí mismo. El ceño de Mike de Brando se frunció un instante.

—Está bien, Amos. Podemos practicar todavía un par de minutos.

—Estupendo.

Volvieron a saludarse. Segundo ***round***. Amos Chapman asió una vez más el blusón de Mike, hizo una finta con los pies… y el que había adelantado subió velozmente hacia arriba, impulsado por el derecho de Mike, mientras las manos de éste pasaban como dos cuchillos entre los brazos del alumno, arrancando las manos de la presa en el blusón. Fue la más espectacular caída de espaldas del combate.

Ahora fue Chapman quien frunció el ceño. Se puso en pie, iniciaron el agarre… y Amos Chapman salió despedido hacia un lado, girando, volteado lateralmente por el profesor.

El alumno volvió a ponerse en pie de un salto y pasó en el acto a la carga. Y otra vez ni siquiera tuvo tiempo de acabar la presa en el blusón de De Brando cuando notó en su brazo derecho la presión de unas tenazas, el cuerpo de Mike de Brando se inclinó ante él… y salió volando hacia el borde del «tatami», donde cayó de cabeza.

De Brando se apresuró a ayudarlo a ponerse en pie, mirándolo expectante.

—¿Está bien, Amos?

—Sí… Sí, señor.

—Bien. Sigamos con…

Amos Chapman alzó una mano, sonriendo como espantado.

—Ni hablar de eso, señor. Ya he aprendido la lección.

—¿De veras? —Casi sonrió De Brando—. Pues, entonces, no he perdido el tiempo.

—Yo tampoco, señor. Quizá deba convencerme de una vez de que usted está aquí para enseñarnos, no para vencernos. Temo que he sido un estúpido.

—Solamente un poco engreído, Amos. Si logra controlar eso, usted…

—¿Sí? —se animó Chapman.

—La clase ha terminado —casi volvió a sonreír De Brando—. Una buena ducha caliente y otra fría nos dejará a todos como nuevos.

Y sin más, se dirigió a las duchas.

Amos Chapman se encontró al instante rodeado de sus compañeros, que reían la «broma» del profesor.

—¿Qué, tío listo? —exclamó Peter—. ¿Quieres otro *round* con el Hueso?

—Jamás vi a nadie volar tanto y a tanta altura… sin motor, claro —rió Tully.

—Parecías un juguete en las manos de un niño grandote —hipaba con mortificante hilaridad Randall Beaman.

—Bueno, bueno, está bien… —refunfuñó Chapman—. A fin de cuentas, sólo he hecho que darle la razón a Einstein.

Los otros quedaron petrificados de asombro.

—¿La razón a Einstein? ¿De qué estás hablando?

—Respecto a la teoría de la relatividad, hombre… Todo es relativo en este universo. ¿Un mundo grande? Pues es sólo la molécula de otro mundo mayor. ¿Un cinturón negro? Bueno, pues ahí tenemos a un cinturón rojo y blanco.

Los demás se echaron a reír, y John palmeó la espalda de Amos.

—Bueno, al menos nadie puede decir que no sabes perder, Amos. ¡El último en llegar a las duchas es un pato!

Estaban todavía secándose, riendo, cuando Mike de Brando apareció en el vestuario, solamente con una toalla en la cintura. En el acto, todo bullicio cesó. Y no por temor a nada, sin duda, sino ante la visión de aquel torso, de aquellos brazos de color barro, cuya musculatura tenía que asombrar a cualquiera. Todo el torso de

Mike de Brando parecía tallado en piedra, idéntico a la del más perfecto gladiador convertido en estatua. Apenas salir él de la ducha, el vestuario pareció llenarse, completarse de un modo apabullante.

El profesor alzó las cejas, sorprendido.

—¿Ocurre algo? ¿No pueden seguir bromeando en mi presencia?

—Sí… Sí, señor, desde luego.

—Pues sigan. ¿Cómo era el chiste, Peter?

—Bueno, pues… Era también otro de indios, señor. Llega uno de los centinelas de un fuerte en Arizona, y entra corriendo en la oficina del capitán… «¡Mi capitán, mi capitán, que vienen los indios!», grita, asustado. El capitán del fuerte se pone en pie de un salto, pero aún tiene esperanzas, y pregunta: «Pero… ¿son amigos o enemigos?», y el soldado responde: «Deben ser amigos, mi capitán, porque vienen todos juntos»…

Los alumnos se echaron a reír, y John le tiró una toalla mojada a Peter… Y por primera vez vieron una sonrisa completa en el seco rostro de Mike de Brando.

—Es bueno… —aceptó—. Sigan.

Se fue a su taquilla, se vistió rápidamente y se dirigió a la salida de los vestuarios. Cuando estaba en la puerta, se volvió.

—La clase será esta tarde en mi casa. Identificación de voces y sonidos, por medio de una cinta magnetofónica. Oirán sonidos que tendrán que identificar… si los conocen, claro. Si no es así, lo dirán. El primero en venir será Amos, a las tres en punto. Luego los demás, con tres minutos de intervalo entre cada uno. El último será Tully. Vayan a mí casa y entren, eso es todo. Hasta luego.

Salió del gimnasio, cruzó la explanada y tomó la amplia avenida que llevaba a los chalets de los profesores residentes. En pocos minutos llegó al chalet número trece. Sacó la llave, abrió, entró… y vio enseguida el pequeño sobre, en el suelo. Estaba bien claro que alguien lo había deslizado por debajo de la puerta.

Cerró, recogió el sobre, cruzó el pequeño vestíbulo y apareció en el *living* La guarida de un hombre solitario fanático del orden… y de la belleza. Muebles serios, cuadros de buenas firmas, una hermosa librería, televisión, alfombras… Todo serio, casi severo, pero confortable y alegre, en una extraña mezcla de resultados.

Incluso había un pequeño mueble-bar. Se sirvió una pulgada de

jerez y fue a la cocina, en busca de unas aceitunas. Se sentó en el sofá, bebió un sorbito de jerez, masticó una aceituna… El sobre quedó abierto y el papelito salió a la luz del sol que entraba por el bonito ventanal.

> «Mike de Brando: Ya tienes menos horas de vida hasta que uno de tus alumnos te asesine, Pero, antes, verás morir a no menos de veinte alumnos de esa maldita academia. Quizá esta noche, quizá mañana…»

Mike de Brando acabó el jerez, se echó otra aceituna a la boca y salió de su chalet.

Capítulo VIII

Isaac Forbes alzó la mirada del papelito. Estaba un poco pálido.

—Parece que como broma ya está resultando pesada, Mike.

—Empiezo a preguntarme si realmente lo es —musitó De Brando.

—¿Qué quieres decir?

—No sé aún. Si las amenazas hubiesen estado dirigidas solamente contra mí, no habría hecho caso. Pero hay algo más, Isaac. ¿Por qué amenazar con la muerte a veinte alumnos por lo menos?

Forbes estuvo reflexionando unos segundos.

—¿Te parece que puede ser una venganza… rencor de alguien contra el Fbi?

—Y contra mí en especial.

Se quedaron mirándose los dos. Finalmente, Forbes apretó una tecla del «intercom».

—¿Señor? —Se oyó la voz de su ayudante.

—Abel, quiero que pidas a Washington una relación resumida de todos los casos en los que intervino Mike de Brando, desde su salida de la academia hace doce años. Solamente nombres y fechas; lo demás lo recordará Mike. Por teléfono directo y en el acto, solicitando la máxima urgencia.

—Inmediatamente, señor.

Forbes cerró la comunicación y se quedó mirando el mensaje, reflexivamente.

—¿Qué opinas en definitiva? —preguntó de pronto.

—Recuerdo muy bien los expedientes de esos siete muchachos, y ninguno de sus nombres o circunstancias familiares me suena. Podría ser la venganza de alguien, que, pasado el tiempo, haya

enviado a su hijo a la academia del FBI. Pero no me parece probable que nuestros servicios de información hayan fallado en esto.

—No… No es probable. Al mismo tiempo, ninguno de esos muchachos podría tener nada personal contra ti. Son demasiado jóvenes, y si los hubieses detenido o perjudicado antes de venir aquí como profesor, los recordarías sin duda alguna… De todos modos, quizá no deberíamos hacer demasiado caso de estos mensajes, Mike. Aparte de una broma, pueden ser una fanfarronada estúpida.

—Ojalá. Ya te digo que si fuese por mí, no haría el menor caso, pero… Isaac, quiero marcharme de aquí esta misma tarde. Ya sabes que… Bueno, es jueves, pero…

—¿Bonnie? —sonrió crispadamente el director.

—Sí. Es posible que te parezca un pobre tonto, pero…

—No, no… Puedes marchar ahora mismo, si quieres. Incluso podríamos pedir una avioneta a los «marines» para…

—No vale la pena. Está solamente a cien millas escasas. Iré en mi coche, después de la clase de esta tarde.

—Pero, hombre, si temes…

—Les dije a los muchachos que esta tarde habría clase… Y la habrá.

—Como tú quieras —musitó Forbes—. Insistiré con Phil, a ver si identifica esa letra.

—Gracias. Considera que ya me despido de ti, Isaac. Volveré lo más pronto posible, en cuanto quede tranquilo sobre Bonnie.

—Está bien. No hay prisa. Esos muchachos podrán asistir a clases normales, mientras tanto.

—De nuevo gracias, Isaac. Hasta la vista.

—Adiós, Mike…

De Brando salió del despacho, y Forbes quedó pensativo y preocupado. Ojalá todo fuese una estúpida broma. Pero si no lo era… Conocía muy bien a Mike de Brando: era como un motor al «ralentí». Cualquier pequeño golpe al acelerador podía lanzarlo a una marcha que ya nadie sería capaz de detener. Su pierna herida le había hecho recapacitar en la conveniencia de continuar en el servicio activo del FBI, para, finalmente, decidirse por aceptar el puesto que Edgar Hoover le ofreciera en la academia. Puesto que nadie podría llenar jamás como lo estaba haciendo el ex agente especial… muy especial. Llevaba algo más de cuatro años en

Quántico, como un león en descanso. Pero… Mike de Brando era Mike de Brando todavía, lo sería siempre. Y en su vida habían ocurrido demasiadas cosas tristes para que un hombre como él se resignase a otra más, quizá la que más podría dolerle. Alguien estaba importunando al león, y, para su desgracia, era posible que le obligase a salir de nuevo a cazar. Mala suerte para quien fuese.

Isaac Forbes se puso en pie y se acercó a la ventana. Todavía pudo ver la gigantesca figura de Mike de Brando, inconfundible por su cojera, por todo, alejándose hacia los chalets de los profesores… Hacia su cubil, donde, como siempre, se dedicaría a sus pensamientos, a sus recuerdos…

CAPÍTULO IX

—Perdone… No le conozco…

—Me llamo Mike de Brando, señorita.

—Oh… Bien, pero…

La muchacha parecía asustada ante aquel gigante que se había plantado ante ella, sin más preámbulos, en plena playa privada del Coral Hotel, en Miami.

Beach. Ante ellos, el mar azul, las palmeras, la fina arena que brillaba bajo el dorado sol. En el embarcadero se veían algunos yates y veloces lanchas de colores; algunas surcaban velozmente las azules aguas, llevando detrás a un esquiador acuático… Un día de sol espléndido, de cielo azul intenso… Aquel gigante llevaba un *slip* negro en las estrechísimas caderas, contrastando con la tostada piel de su cuerpo, de las firmes piernas esbeltas bien musculadas, del asombroso torso de gladiador. Casi espantaba su poderío físico. Pero luego, cuando se miraban atentamente aquellos ojos grises y sonrientes, la simpática mueca de la gran bocaza, todo cambiaba, todo daba una gran vuelta, como si en un segundo se pasase de la más negra noche al más luminoso día…

—Si la molesto me iré —dijo él—. Pero me gustaría sentarme a su lado. ¿Puedo?

Ella había asentido con la cabeza. Fue como si desde el primer momento, una vez pasado el estupor inicial, hubiese comprendido que así tenía que ser, que así sería, inevitablemente.

Él se había sentado, mirándola a los ojos. La miraba fijamente, como taladrándola, y ella pensó que estaba viendo algún defecto en su rostro, o en su cuerpo. Todavía no podía comprender que Mike de Brando, más que mirarla por fuera, la estaba mirando por dentro. Mike de Brando había visto primero su esbeltísimo cuerpo

delicado, su fina piel, su dulce rostro de grandes ojos azules, la boquita sonrosada. No había defectos en aquel cuerpo fino y pleno a la vez, bello, casi perfecto. Ni en los ojos azules, ni en la barbilla con aquel encantador hoyuelo, ni en la dulce boquita sonrosada… Pero durante unos segundos ella casi se había sentido la más fea de las mujeres. Sólo durante unos segundos, porque luego comprendió que si bien a Mike de Brando le había gustado lo de «fuera», ahora estaba estudiando lo de «dentro».

Entonces, ella había sonreído, tan luminosamente como aquel maravilloso sol que hacia brillar el mar.

—Me llamo Hortense. Hortense Carawan, señor De Brando.

—Nombre de flor: hortensia… ¿De veras no la molesto?

—Sólo… estaba sorprendida.

—Sí, lo sé —había sonreído él—. Soy demasiado… grande, ¿no es cierto?

—Lo justo, señor De Brando. Cada hombre tiene, siempre, exactamente el tamaño justo. Su tamaño. Son cosas que no importan.

—Así lo creo. ¿Vive usted en Miami?

—No. En Washington.

—¿De veras? Yo también vivo en Washington. Trabajo allí… ¿Ha venido de vacaciones a Miami, entonces?

—Más o menos. ¿Y usted?

—Yo sí. Sin más y sin menos. Decididamente de vacaciones. Las empecé hace cuatro días. Me quedan todavía veintidós. ¿Puede explicarme eso de «más o menos»?

—Oh, sí. Tuve una llamada de unos amigos que están viajando con su yate, y me decían que pasarían a recogerme a Miami Beach, precisamente a este hotel. De modo que, puesto que ya había terminado satisfactoriamente mi último curso, decidí aceptar. Terno que al hacerles regresar para recogerme los he… fastidiado —sonrió.

—Los buenos amigos nunca se fastidian. Pero me ha parecido que estaba usted sola…

—Mis amigos llegarán mañana, en su yate.

—Entiendo. ¿Y se irá usted con ellos?

—Ésa es mi idea.

—¿Una idea… fija?

—Nunca he sido persona de ideas fijas, señor De Brando.

—Magnífico. Bien… De todos modos, hoy no es mañana. ¿Aceptaría tomar un aperitivo conmigo, señorita Carawan?

—Sí… Con gusto.

—¿Aceptaría almorzar conmigo?

—Encantada.

—Esto…

—También, señor De Brando.

—Iba a proponerle que cenásemos juntos.

—Lo sé. Y ya he dicho que «también».

—Bueno… Usted es tan condescendiente que quizá me atreva a ir pidiéndole más cosas.

—Espero que sean buenas. Siga usted, señor De Brando, siga…

—¿Le parece bien que nos demos el último baño de la mañana?

—También —había reído ella.

Mike de Brando se había levantado y ella alzó su manita. El la tomó, para ayudarla a ponerse en pie. Se fueron hacia el mar, dejando solo el parasol de colorines, todavía cogidos de la mano. Luego…

La burbuja llena de sol y de amor reventó de pronto, dolorosamente, y Mike de Brando volvió la cabeza hacia la puerta del *living*. El cigarrillo se había ido consumiendo sólo entre sus dedos, y sólo entonces se dio cuenta de ello. Lo apagó en el cenicero, siempre mirando hacia aquella puerta, por la cual apareció Amos Chapman, sonriendo, como siempre.

—Buenas tardes, señor. Si mi reloj va bien, son las tres en punto.

—Hola, Amos. ¿Quiere café?

—No, gracias. Ya he tomado antes.

—Le invitaría a beber algo, pero usted sabe que está prohibido a los alumnos.

—Sí, señor. Lo sé. De todos modos, se lo agradezco. Quería… ¿Se encuentra bien, señor?

—¿Bien? ¿Yo? Naturalmente. ¿Por qué?

—Bueno… Lo veo un poco pálido y desencajado, señor. Como crispado, quizá… Si no se encuentra bien…

—Me encuentro perfectamente —cortó secamente Mike—. Siéntese.

—Gracias…

Amos Chapman se sentó y se quedó mirando fijamente a su profesor especial, que estaba encendiendo otro cigarrillo, con mano firme, pero quizá un tanto rígidamente…

—Lo ha hecho usted bien, Amos.

—Comprendí que nos había tendido una trampa, señor —sonrió de nuevo el futuro G-man —. Espero que mis compañeros también se hayan dado cuenta.

—¿Usted no lo comentó con ellos?

—No, señor. Eso habría sido engañarlos a ellos mismos. Y se es, o no se es diferente. Sería contraproducente obtener resultados… falsos, me parece.

—Usted piensa muy bien, Amos. Lleva buen… ¿Quiere ir a abrir la puerta, por favor?

Había sonado el timbre, y Amos Chapman torció el gesto, decepcionado. Salió del *living* y regresó segundos después con Peter Rumsey.

—Buenas tardes, señor.

—Hola, Peter. ¿Café?

—Pues… No ahora, señor, gracias. Oye —se encaró con Amos Chapman—, ¿por qué me miras con esa guasa?

—Porque has caído en la trampa.

—¿Qué trampa? ¿De qué hablas?

Chapman miró a De Brando, que asintió con la cabeza.

—La trampa que nos ha tendido el profesor. ¿Recuerdas bien las últimas palabras que nos dijo, en el gimnasio?

—Claro. Dijo que viniésemos a su casa para la clase… Tú el primero, Tully el último… Espaciados unos de otros por tres minutos.

—¿Y nada más?

—Pues… Dijo que viniésemos a su casa, que…

Peter Rumsey se mordió los labios y se volvió hacia De Brando, consternado.

—Lo lamento, señor.

—Mucho me temo, Peter, que no será el único en caer en la trampa. Espero que eso les sirva de lección a todos. Si yo dije «vayan a mí casa y entren, eso es todo», quería decir que entrasen, no que llamasen a la puerta.

—Sí, lo entiendo ahora, señor… Lo siento. Lo que usted quería era que entrásemos todos por nuestros propios medios, y por eso nos ha hecho venir por separado, para que cada uno pensase por sí solo.

—Exactamente, Peter. Una puerta cerrada no debe ser jamás un obstáculo serio para un agente del FBI.

—De veras que lo siento, señor. ¿Y tú, Amos? ¿Cómo te ha ido?

Chapman sonrió y sacó una ganzúa del bolsillo, que mostró muy satisfecho.

—Yo comprendí la jugada, Peter, y me procuré esto en Utillaje. Se puede decir que he allanado la morada de nuestro profesor. Espero que la ley no me lo tenga en cuenta.

De nuevo se oyó el timbre, y Peter Rumsey suspiró.

—Parece que no seré yo sólo quien caiga en la trampa, en efecto. ¿Voy a abrir, señor?

—Se lo agradeceré, Peter.

A intervalos de tres minutos, fueron llegando los demás alumnos de aquel grupo especial. Resultado: solamente Amos Chapman y Tully Dawson, el último en llegar, entraron por sus propios medios. Dawson lo hizo abriendo con un fino alambre de acero la ventana del dormitorio de Mike de Brando, y apareció en el *living* silbando, mirando irónicamente a sus compañeros.

—¿Qué tal, pajaritos? ¿Cuántos habéis caído en la trampa?

Hubo cinco gruñidos y una sonrisa, de modo que Dawson comprendió enseguida quién había entrado sin llamar, como él mismo.

—El tío listo de Amos, ¿no es eso? ¡Pandilla de zoquetes…!

—Veremos si eres tan listo en la identificación de sonidos y todo eso —masculló Lew Gilbert—. ¿Cuándo empezamos, señor?

—Ahora, puesto que ya estamos todos. Ahí está el magnetofón, Peter. ¿Quiere ponerlo en marcha?

—Sí, señor.

Rumsey puso en marcha el aparato, del cual empezaron a brotar muy pronto unos veloces sonidos que hicieron fruncir el ceño a los alumnos.

—John, ¿qué estamos oyendo? —preguntó De Brando.

—Pues no lo sé, señor… Ni lo sabremos a menos que pongamos la cinta en su…

—Basta. Randall, ¿qué iba a decir John?

—La cinta fue grabada a velocidad seis, señor. Y ahora, el aparato la está reproduciendo en posición nueve… Al parecer…

—Es suficiente. Morton, recoja la cinta y vuelva a poner en marcha el aparato.

Morton Wallen detuvo los carretes, pulsando la tecla correspondiente. Recogió la cinta en uno de ellos y volvió a poner en marcha el magnetófono. De nuevo brotaron aquellos sonidos difícilmente identificables.

—¿Qué ocurre, Morton? —Frunció el ceño De Brando—. Seguimos sin entender nada…

—Usted ha dicho solamente que recogiese la cinta y volviese a poner en marcha el aparato, señor. Y eso es lo que he hecho sin cambiar la velocidad de reproducción.

De Brando casi sonrió.

—Muy bien. Morton. Ésa es la clave: estar siempre atentos. En nuestro trabajo, una palabra, un gesto, un sonido, puede ser la solución a muchas preguntas que nos estemos haciendo. Si van aprendiendo a valorar bien, con exactitud, mis palabras, más se fijarán en las personas que no sean amigos de ustedes. ¿Lo han comprendido todos?

Siete cabezas se movieron afirmativamente. De Brando miró a Lewis Gilbert.

—Ahora sí, Lew: oigamos esas grabaciones.

Gilbert volvió a recuperar la cinta, movió la clavija del cambio de velocidades y una vez más fue puesto en marcha el aparato. Mientras tanto, Mike de Brando había sacado su libretita de tapas negras con bordes rojos y quedó a la espera, tras indicar:

—Vayan diciendo lo que oyen. Un solo sonido cada uno, en el mismo orden en que han llegado aquí. Tenemos casi una hora de grabación de cosas raras. Escuchen bien.

Del aparato estaba brotando ahora a voz del propio Mike de Brando:

«—El FBI vigila la seguridad civil de la patria. También, si es necesario, y lo ha sido en múltiples ocasiones, interviene en asuntos militares, económicos o políticos. Ello es posible gracias a que en el FBI los agentes son preparados concienzudamente y se les inculca, además, la convicción de que la fidelidad, la bravura, la integridad,

deben ser siempre, en todo momento, su más genuina norma de conducta. Estos hombres que llegan a ser del FBI tienen que empezar por aprender una cosa importantísima: cada hombre, en su lugar del mundo, tiene su misión, su trabajo, su propia importancia personal. Y cada hombre será más hombre, más útil a sí mismo y a los demás, cuando su comportamiento sea el que le corresponde en su lugar del mundo. Un hombre, sea o no sea del FBI, debe hacer, siempre, absolutamente siempre, lo correcto, lo justo, lo exacto. Cuando algo se ha de hacer, se hace. Eso es todo».

—Bueno, no creo que por esto gane muchos puntos —sonrió Amos Chapman—. Es su voz, señor.

—¿Está de acuerdo con lo que digo. Amos?

—En general, sí. Pero, a veces, es difícil ser tan… exacto.

—Sólo se trata de cumplir cada uno con su deber, Amos. Eso no es difícil, a menos que uno sea un inepto. Pero escuchemos…

Del magnetófono brotaban ahora unas series de disparos. Cuando cesaron Peter Rumsey dijo:

—Unos cuarenta disparos, señor. Diez de rifle «Springfield», me han parecido. Los otros treinta han sido hechos con pistolas. Una de ellas, «*Parabellum*» del nueve largo. Eso creo, señor.

—Está bastante bien, Peter. Sigan. Ya sin comentarios.

—Parece… un jarrón o algo así al estrellarse contra el suelo.

—Una competición automovilística.

—Disparo de un «bazooka».

—Un avión… Parece… un «B-Cincuenta y Dos».

—¡La voz de Bob Hope! ¡Está contando un chiste! —Nuestro presidente en su toma de posesión…— Es Cassius Clay… gritando que es el único, el incomparable.

—Fragmento de «Noche y Día», de Cole Porter.

—Ranas croando.

—Lancha a toda velocidad.

—Alguien bailando «claqué».

—Teléfono llamando.

—Señales de Morse… FBI

—Competición de esgrima.

—Señal de llamada de una radio de bolsillo.

—Corredera de una pistola al ser montada.

—Rebote de una bala.

—Ruido de un vaso y una botella al tocarse… Líquido vertido.
—Pisadas muy suaves.
—Respiración contenida.
—Navaja de muelles.
—Navaja de resorte al salir la hoja.
—Revólver al ser amartillado.
—Vuelo de…

Mike de Brando se puso en pie, guardando su libreta de notas.
—La clase ha terminado.
—¿Lo hemos hecho bien, señor? —preguntó Howard.
—En general, sí. Se puede decir que muy bien, John. Serán puntuaciones altas. Y… espero que se den cuenta de que esto no ha sido un juego.
—Lo hemos comprendido, señor.

—El lunes me traerán la segunda parte de este ejercicio. Este fin de semana irán anotando todos los ruidos que oigan a su alrededor. Ya sé que los ruidos son ésos, pero quiero estar seguro de que ustedes los oyen de verdad, de que están atentos siempre a su alrededor. Estoy seguro de que, si se fijan, harán anotaciones sorprendentes.
—¿Otra trampa, señor? —sonrió Tully.
—No, no, Tully. Pero fíjense bien en los sonidos que les rodean. Ya verán como ustedes mismos se sorprenderán. Sonidos normales, pero a los que nunca prestaron atención. Y hay que prestársela… Eso, para el lunes.
—Sí, señor. ¿Y mañana?
—Me voy esta tarde, ahora. Fin de semana.
—¿Fin de…? Pero hoy es jueves, señor. ¿O no?
—Es jueves. Pero tengo que hacer algo de tipo personal fuera de la academia. Mañana acudirán ustedes a clases normales, con el resto de sus compañeros.
—¡Vaya! —exclamó Peter Rumsey, con clarísima decepción.
—¿Algo no va bien, Peter?
—No… No, señor. Iremos a esas clases, claro. Supongo que saber conformarse con lo inevitable forma también parte de nuestro entrenamiento.
—Agradezco el sentido de esas palabras, Peter. Les aseguro que

no me voy por mí gusto, pero es algo muy importante.

—¿Una mujer? —sonrió Amos Chapman.

Mike de Brando se lo quedó mirando fijamente.

—Pues… sí. Sí, Amos: una mujer.

—No sabíamos que estuviese casado… o algo así.

—Parece que saben pocas cosas de mí. Pero sí saben que me llaman el Hueso, ¿no es cierto?

Durante unos segundos reinó un molesto silencio en el *living* Por fin, Morton Wallen musitó:

—Es de suponer, señor, que le llamen así quienes no le han tratado a fondo. Por mi parte, con un solo día… Bueno…

Sorprendentemente, una de las manazas de Mike de Brando se apoyó en un hombro de Wallen, y la sonrisa del profesor fue casi completa.

—Repasen el libro de claves del sistema A al C. Y procuren encontrar el medio de nadar con las manos y los pies atados… El lunes va a ser un día pesado para todos. Feliz fin de semana.

Tendió la mano a Wallen y luego a los demás, que fueron saliendo de la casa. Se quedaron cerca del porche, silenciosos, mohínos. Apenas un minuto más tarde salió Mike de Brando, directo a su coche, que esperaba ante la blanca vallita de madera. Lo vieron saludar con la mano, colocarse al volante y salir lanzado…

—Menudo fastidio —masculló Randall Beaman—. Ahora que empezábamos a estar de acuerdo con él.

—Es un tipo un poco raro, ¿no? —comentó Gilbert.

—¿Raro? ¿Qué quieres decir?

—No sé… Da la impresión de que jamás puede fallar en nada.

—¡Una máquina! —exclamó Dawson.

—No, no… Bueno, es como… como un radar, o algo así…

—¿Y un radar no es una máquina? —rió Dawson.

—Sí, pero… Bueno, yo me entiendo.

—¿Qué creéis? —preguntó Howard—. ¿Qué es casado, o que va a ver a su novia?

—Pues no sé… Desde luego, no me imagino a Mike de Brando con novia.

—¿Y casado?

—Eso parece más posible. Lo que no veo claro es que un hombre

tan severo como él deje el trabajo para ir a ver a alguien, sea quien sea.

—Asuntos personales, ha dicho.

—Y eso nos sorprende a todos, ¿no es cierto? —intervino Amos Chapman—. ¿Qué tiene de extraño que el profesor tenga asuntos personales?

—Hombre, nada, claro… Lo que sí es extraño es que alguien pensase alguna vez en llamarle El Hueso. Casi parece… cariñoso. ¿O no lo parece… a veces?

Mike de Brando había separado, al fin, sus labios de los de ella. Y Hortense Carawan había suspirado, apoyando su cabeza en el amplísimo pecho.

—Creo… que será mejor que nos despidamos aquí, Mike.

—Desde luego. ¿Me das la llave?

Hortense le había tendido la llave de su *suite* en el Coral Hotel, de Miami Beach, y él había abierto la puerta.

—¿No me pides… un último trago a solas? —había susurrado ella.

—No.

—Mike… eres… diferente.

—Lo sé —había sonreído él—. Otras personas me lo dijeron hace un par de años.

—¿Otras… mujeres?

—No. Unos hombres, Hortense. Pero no lo dijeron por los mismos motivos que tú.

—Yo lo digo porque sé que cualquier otro tipo guapo estaría ya pensando en… finalizar la conquista. Sobre todo, después de preguntarte yo misma si quieres entrar.

—Si yo te dijese que quiero entrar, te decepcionaría, Hortense. ¿No es cierto?

—Es cierto —había sonreído ella luminosamente.

Luego había mirado a ambos lados del pasillo y lo besó en la barbilla, alzándose mucho sobre las puntas de los pies. Entonces, Mike la había vuelto a abrazar, para besarla de nuevo en los labios, profundamente, con fuerza…

—¿Nos veremos mañana? —había preguntado luego.

—Sí.

—¿Te importará que vaya al embarcadero a despedirte?

—No me iré, Mike.

—Pero tus amigos… Vienen a buscarte con el yate…

—Ya te dije esta mañana que no soy persona de ideas fijas.

—¿Te quedas por mí? —había susurrado él.

—¿Conoces algún motivo mejor? —había musitado ella.

Mike de Brando la había vuelto a besar otra vez. Los labios de Hortense eran finos, tiernos, frescos… Y sus manos, en la nuca del «G-man», eran una caricia que le producía escalofríos.

—Es mejor… que nos despidamos, Hortense. Espero… que te hayas divertido conmigo durante este día.

—Sólo se divierten los niños y los tontos, Mike. Las personas mayores y normales gozan de la vida, simplemente. Con cosas sencillas y de fácil alcance, sin ruidos, sin bullicio: un cuadro, un beso, unas palabras, el sol, el mar, el amor. Eso no es divertirse: es gozar la vida.

—Buenas noches, Hortense.

—Buenas noches, Mike.

Se habían besado una vez más. Igual que en los últimos minutos del paseo, por la playa, a la luz de la luna. Él se había detenido de pronto, la había mirado y se había acercado más, pero sin tocarla siquiera con un dedo. Había tenido que ser ella, Hortense, quien dijera que sí a aquella muda petición tan respetuosa y tan directa a la vez. Había comprendido que Mike de Brando, que podría haber tenido todos los flirts que hubiese deseado, no se dedicaba a tan mundano pasatiempo. Entonces, le había rodeado el cuello con sus brazos, y le había ofrecido sus labios, cerrando los ojos… Había estado oyendo el rumor del mar mientras él la besaba… Y todavía le parecía oírlo ahora, en el pasillo del hotel.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, Mike.

Y Mike de Brando se había marchado a su *suite*, rápidamente, sin volver la cabeza… Pero había vuelto diez minutos más tarde. Había sonado la llamada a la puerta de la *suite* de ella, y Hortense, con la bata más tupida en las manos, había preguntado:

—¿Quién es?

—Soy Mike.

Abrió la puerta, y Mike de Brando había entrado, resuelto el

gesto. La había mirado.

—Hortense, ¿quieres casarte conmigo?

Mike de Brando, sin duda, debió haber oído el fortísimo latir del corazón femenino cuando ella se abrazó a él, casi temblando.

—Sí, Mike. Ahora mismo, si tú quieres…

Los cabellos de Hortense olían un poco a mar todavía. Pero se percibía también el levísimo perfume de flores… Mike de Brando había notado en sus manos la cintura de ella.

—Creo que tus padres deben saberlo, y estar presentes, Hortense.

—Los llamaré esta misma noche. Mañana al mediodía estarán aquí mis padres, algunos amigos, familiares… No hay ninguna dificultad en ello… Vendrán en el avión de mí padre.

—Hortense, yo no soy millonario, como tú.

—Oh, lo sé… Lo sé, Mike.

—Tampoco tengo un yate.

—¡También lo sé! —había reído ella.

—Pero puedo… alquilar una lancha, y pasaríamos juntos los veintidós días que me quedan de vacaciones, navegando por los kayos, pescando…

—Será una hermosa luna de miel.

—Hortense, apenas gano diez mil dólares al año. A veces, con algunos premios, puedo rebasarlos.

—Me acostumbraré a los diez mil. Lo intentaré, al menos.

—Solamente soy un agente del FBI. Hortense.

—Llevaré una vida emocionante. ¿Me creerás si te digo que sospechaba algo parecido?

—Lo que no puedo acabar de creer es que me hayas aceptado.

—Mike de Brando: eres un pobre tonto. Y ahora, si te vas, llamaré a mis padres y demás personas, ya que eres tan considerado.

Ella había sonreído, y de nuevo había cerrado los ojos. Los labios sonreían, pero también temblaban cuando los de Mike de Brando los tomó una vez más y…

¡Moooc-moc-mooooccc…!

El fortísimo claxon del enorme camión sobresaltó a Mike de Brando, al volante de su automóvil. Todavía pudo ver al velocísimo turismo que había hecho la incorrecta maniobra de pasarle a él

justo en el momento en que, en dirección contraria, aparecía el monstruo de las autopistas…

La burbuja dorada y dulce de sus recuerdos había vuelto a estallar. Se había roto, irremediablemente. Pero todavía quedaban muchas de aquellas dulces burbujas en el cerebro de Mike de Brando. Dulces burbujas doradas que luego fueron negras ampollas de amargura… en las que se esforzaba en no pensar.

CAPÍTULO X

Isaac Forbes lo vio llegar, mirando por la ventana de su despacho. Era la una de la madrugada, pero sabía que Mike de Brando iba a volver a Quántico. Y dadas las circunstancias, no cabía duda de que había tenido que correr…

Lo vio apearse del coche, sereno, tranquilo al parecer. Luego, Mike de Brando fue hacia la puerta del pabellón. Segundos después, él la abría, justo cuando el profesor especial del FBI aparecía ante ella.

—Pasa, Mike.

—No creí encontrarte aquí a estas horas.

—Te estaba esperando.

Mike de Brando entró, encendió un cigarrillo y se volvió hacia el director de la academia. Su rostro permanecía inalterable, firmes sus manos… Pero en el fondo de aquellos grises ojos, Isaac Forbes vio la diminuta manchita negra, como congelada.

—Isaac, se han llevado a mí Bonnie.

—Lo sé. Lo sé, Mike. Esta tarde, alguien metió uno de esos sobres en el buzón de sugerencias de la dirección. Me permití abrirlo… Lo tienes encima de la mesa.

Be Brando cogió el sobre y sacó la pequeña tarjeta de visita en blanco, pero con aquellas inconfundibles letras mayúsculas escritas a mano:

> «MIKE DE BRANDO HA SALIDO PARA ASEGURARSE DE QUE SU HIJA ESTARA A SALVO DURANTE ESTE ASUNTO; PERO LLEGARA TARDE. LA NIÑA ESTA YA EN MI PODER. SEGUIRAN INSTRUCCIONES».

El profesor especial del FBI se quedó unos segundos mirando ahora sin verla, aquella tarjeta. Luego la guardó cuidadosamente. Pero la sacó de pronto y la tiró sobre la mesa.

—¿Qué ha dicho Phil, Isaac?

—Se puso a trabajar en firme en ello cuando le avisé yo, después de recibir la nota Mike. Pronto sabremos algo… ¿Cómo fueron las cosas en el colegio de Bonnie?

—Llegaron dos hombres al internado, en un coche, y se presentaron a la directora como agentes del FBI. Le dijeron que yo había tenido un tropiezo en un trabajo especial de acción que me habían ordenado, y que estaba malherido a balazos.

—Y dijeron que querías ver a tu hija antes de… morir.

—Sí. Se la llevaron. Isaac, se han llevado a mí Bonnie.

Isaac Forbes tragó saliva.

—La recuperaremos, Mike. Sé que avisaste a Washington, desde el colegio, y que enviaron cuatro agentes especiales para hacerse cargo del caso. Y no olvides que Clarence Hadaway va al frente de esos hombres.

—Lo sé… Lo sé. Pero no se trata de un rescate, o algo así… ¿No lo entiendes, Isaac? Estoy seguro de que es una venganza directa contra mí… Clarence la encontrará, pero ya… ya la habrán…

Se dejó caer en un sillón, casi completamente rígida la pierna izquierda. Isaac Forbes estuvo unos segundos contemplando aquel rostro desencajado, captó el esfuerzo del profesor especial por aparecer sereno y tranquilo…

—Temo… que las malas noticias no han terminado, Mike.

—¿Qué…? ¿A qué te refieres?

—Llegó el informe que pedimos a Washington respecto a los casos en que habías intervenido antes de que te hiriesen. Yo he sacado ya una conclusión que puede ser cierta, pero sería mejor que tú echaras un vistazo al informe.

Forbes se había sentado a su mesa y tendió unas cuantas páginas mecanografiadas a De Brando, que pareció atónito.

—¿Todo esto hice yo?

—Así es —intentó sonreír el director de la academia—. Abel recibió el informe por radio, y lo fue grabando. Luego lo pasó a máquina. Solamente hay fechas, lugares y nombres. Tú recordarás lo demás, creo.

Mike asintió con la cabeza y comenzó a leer. Y ya en la primera página detuvo su vista sobre un nombre, sobresaltado.

—Broderick Gatlin —musitó—. ¡Broderick Gatlin! Diciembre, mil novecientos cincuenta y siete, en Richmond…

—¿Lo recuerdas?

—Claro. Fue condenado a diez años de prisión. Destrocé toda su perfecta organización de… ¡Diez años! Debió salir hace cuatro meses.

—Tiempo suficiente para preparar todo esto, Mike.

—Sí… Tiempo más que suficiente. Lo recuerdo bien… Juró no descansar jamás hasta despedazarme. Su odio fue algo que entonces casi me asustó… Tuve que matar a su hermano, que era el propietario directo de todo aquel asunto… El salió demasiado bien librado con sólo esos diez años de prisión… ¡Voy a preguntar por teléfono si ya ha sal…!

—Yo lo pregunté, Mike. Broderick Gatlin, efectivamente, salió libre el catorce de diciembre de mil novecientos sesenta y siete. Hace poco más de tres meses. Se ignora su paradero. Pero, por supuesto, no es fácil que esté en Quantico.

—No… No es fácil, no. Pero sí puede tener a alguien que trabaje para él… No debería ser posible, Isaac, pero…

—Bien… Recuerdo tu caso de Honolulú, precisamente. Tú conseguiste entrar en aquel grupo de espías. Mike, confiándolos. Y no has sido el primero ni serás el último que consiga cosas parecidas. Hasta al FBI se le puede filtrar alguien… no conveniente. Hay que admitirlo, no aferramos a una absurda seguridad infalible en nuestros servicios… Ni siquiera en nosotros mismos, Mike.

—Un traidor en la academia… Un traidor que sabe que están utilizando a una niña de ocho años para cazar a Mike de Brando… Porque eso es lo que quieren hacer, Isaac: quieren cazarme vivo, para matar a Bonnie delante de mí… ¡Eso es lo que quieren! Y quizá… quizá luego ni siquiera me maten, Isaac. No… No me matarán, no… Me quieren vivo, para ver morir a Bonnie, para luego, mientras viva, tener ese recuerdo tan negro como el de Hortense…

Isaac Forbes estaba lívido.

—Te estás torturando, Mike. Quizá… estemos equivocados…

—No. Ya no hay dudas sobre este asunto. Broderick Gatlin salió

de la prisión y lo preparó todo. Como fuese, consiguió un cómplice aquí dentro. Seguramente, antes de que los alumnos de este cursillo entrasen en la academia. Y escogió a uno muy inteligente. A uno que no podía fallar, que por fuerza sería asignado a mí, estaría cerca de mí, podría entrar en mi chalet, rondarme…

—Pero son siete.

—Sí… Siete… Sin embargo…

—¿Has hecho ya una preselección?

—No me atrevería a eso aún, Isaac. Pero creo que sólo un par de ellos tienen posibilidades: Tully Dawson y Amos Chapman. Amos Chapman especialmente. Amos Chapman… ¿Tienes a mano su expediente?

—Claro. Iré a buscarlo al despacho de Abel.

—Trae los de los siete.

Forbes asintió con la cabeza y pasó al despacho lateral de su ayudante, Abel Karr. Tardó un par de minutos en regresar, con las siete carpetas, que entregó a Mike. Se sentó en un brazo del sillón mientras el profesor especial abría la carpeta de Amos Chapman.

—Bien… Parece que los informes respecto a Amos no pueden ser más favorables… Hijo de un millonario, universitario con notas brillantísimas, título de abogado, deportista completo… Judo, boxeo, remo, natación, atletismo, gimnasia deportiva, estudios especiales de aeronáutica como *hobby* y… abogado por la Universidad de Harvard. Pero he aquí cierto detalle que podría resultar interesante. Poco después de conseguir su título, su padre se arruinó casi completamente. Sus negocios son ahora… los justos para vivir con el decoro acostumbrado, pero nada más. Desaparecieron los millones.

—Ya sabíamos eso antes, Mike.

—Sí. Pero él es el único que fue millonario alguna vez, Isaac. Los demás son muchachos normales en cuanto a posición económica… Si no recuerdo mal, Peter Rumsey también es de familia de posición bastante importante, pero… no han tenido contratiempos. Para los Rumsey, todo ha sido siempre normal. Para Amos Chapman, no.

—¿Crees que han podido sobornarlo con una buena cantidad?

—Quien tuvo mucho dinero no se resigna fácilmente a contar luego unos ingresos fijos, Isaac.

—De acuerdo. Pero ¿de dónde podría sacar Broderick Gatlin una

cantidad que interesase a ese muchacho?

—Oh, vamos... Tú sabes cómo son esas gentes: siempre tienen cantidades escondidas, en previsión de casos así. Y amigos... Amigos que quizá les presten cien o doscientos mil dólares. O un millón, incluso.

—Es posible. Pero supongo que no vas a cegarte con ese chico. No tú, Mike.

—No, pero... ¡Ése debe ser Phil!

Se oían pasos en el pasillo, y Forbes fue a abrir presurosamente. En efecto, Phileas Carter entró en el despacho, todavía con el ceño fruncido.

—Malas noticias, Mike.

—No creo que puedan ser peores que las ya conocidas. ¿No has identificado esa escritura?

—Bien... Hay ciertos rasgos que...

—Phil, por favor...

—Podría ser de Morton Wallen, de Amos Chapman o de John Howard.

—Amos Chapman de nuevo... ¿Y la tinta?

—La tinta de las notas que tengo es igual a la que utilizaron esos siete muchachos para escribir tu nombre.

—¿La tinta de las estilográficas de los siete es la misma?

—Sí. Debieron tomar uno de los tinteros, y todos llenaron sus estilográficas. De lo que no cabe duda es de que uno de los siete escribió las notas, ya que esa tinta es la misma que están utilizando esos siete muchachos.

—Entonces... no hay duda. ¡Es uno de ellos!

—Bueno... Eso parece, Mike.

—Pero has mencionado a tres, Phil —intervino Forbes—. ¿Cómo saber cuál de ellos pudo ser?

—Sin duda, el más astuto e inteligente de todos. Os diré lo que me parece que ha ocurrido. Uno de ellos, el más inteligente sin duda alguna, se procuró muestras de las escrituras de los otros seis. Luego, utilizando la mano izquierda, escribió los mensajes, imitando la escritura mayúscula que los demás tienen con la mano derecha. No sé si me he explicado bien, pero...

—Te has explicado perfectamente. Sí... Es el más astuto, no cabe duda. Y el más astuto, inteligente, osado y descarado es Amos

Chapman. Sin embargo, puede que precisamente el más astuto de verdad sea el que mejor sabe ocultar que lo es.

—¿Cuál te parece el menos… potente?

—Hum… Quizá John Howard.

—Él está en la lista de tres que pueden haber escrito las notas —recordó Carter.

—Estamos como al principio —dijo Forbes—. La única diferencia es que sabemos con seguridad que, en efecto, uno de esos siete chicos diferentes del cursillo está metido en el asunto.

Mike de Brando permaneció pensativo casi un minuto. Luego se puso en pie, lentamente.

—El que sea, va a decírmelo a mí, Isaac. Y va a ser ahora… Ahora mismo.

—¿Qué estás pensando?

—Tenía proyectado esperar una semana para ello, pero… lo adelantaremos. Esos muchachos han de pasar por la prueba del fingimiento, ¿no es así?

—Sí… Claro.

—Pues la pasarán esta noche. Me parece que no se van a divertir demasiado.

—Mike, ten cuidado —musitó Forbes—. Piensa que…

—Nunca olvido nada, Isaac. Lo que haga, será a plena conciencia. Y haré lo que sea para recuperar a Bonnie… viva. Lo que suceda después no me interesa.

—En mi posición de director de la…

—Isaac, ¿no lo entiendes? Yo voy a dar una clase intempestiva a mis alumnos, eso es todo. Sabes muy bien que no es la primera vez que levanto a mí grupo a las tres de la mañana para ir a pasear junto al río recitando poesías, sometiéndolos a problemas mentales. Nunca te has opuesto. ¿Por qué hoy? Como siempre, tengo tu autorización. Luego, tú cumples con tu deber, según lo que ocurra, eso es todo. No te preocupes por mí.

Isaac Forbes suspiró profundamente.

—De acuerdo, Mike. Creo que tienes derecho a luchar por la vida de tu hija. Adelante. Pero recuerda que sí…

—Tú haz lo que debas hacer, insisto. Siempre, todos, debemos hacer lo que es necesario. Iré a por los muchachos, ahora.

—Me gustaría ver eso —musitó Phileas Carter.

—¿Por qué no, Phil? Id al cuarto de los interrogatorios. Nos veremos allí.

CAPÍTULO XI

—Tully, Morton, Randall… ¡Arriba!

—¿Eh…?

—¿Qué…?

—Arriba. Tienen ustedes clase.

—Pero, señor…

—¡Arriba he dicho! Los quiero en el pasillo antes de un minuto, descalzos, sólo con el pijama.

Cuando los tres alumnos se sentaron en sus respectivas literas, desconcertados, medio dormidos, Mike de Brando ya había salido del dormitorio. Entró en el siguiente y dio una palmada en los cuerpos de los dos que dormían allí.

—Amos, Lew… ¡arriba!

Lewis Gilbert comenzó a refunfuñar algo ininteligible, pero Amos Chapman se sentó inmediatamente en la litera y miró a su profesor.

—¿Ocurre algo, señor? Creíamos que se había ido a sus…

—Dentro de un minuto, tal como están, en el pasillo. Despeje a Lew.

—Sí, señor, enseguida. Otra de sus trampas, ¿no es cierto? Dijo que se iba para confiarnos y…

De Brando ya había salido del dormitorio. Por el mismo procedimiento de sorpresa despertó a Howard y Rumsey, impartiendo las mismas instrucciones.

En menos de un minuto, los siete alumnos especiales estaban en el pasillo, en pijama. Mike de Brando vio unos pies con zapatillas y alzó la mirada, hoscamente.

—¿Duerme usted con zapatillas, Randall?

—No… No, señor, claro…

—Entonces, usted no está aquí como estaba en la cama, ¿no es cierto?

—Lo siento, señor.

Randall Beaman iba a tirar las zapatillas a un lado, pero respingó, las recogió del suelo y las llevó al dormitorio, reapareciendo inmediatamente. Se colocó junto a los demás, que se alineaban en el pasillo, con cara de sueño, descalzos, en pijama.

—Síganme.

Salió del pabellón de dormitorios y cruzó la avenida. Tras él, pisando el frío suelo con sus descalzos pies, los siete futuros agentes especiales… muy especiales. Un frío vientecillo, casi helado, los estremeció, sin excepción Peter Rumsey lanzó un fortísimo estornudo, y enseguida se oyeron risas contenidas.

El paso de Mike de Brando era largo, presuroso, incómodo para los alumnos de la FBI National Academy, que lo llevaban ante él como un gigantesco faro de orientación, bamboleándose cada vez que su pierna izquierda adelantaba, casi rígida.

Por fin, tras cruzar una amplia explanada de hierba, llegaron al pabellón especial de cuartos aislados insonorizados. En la puerta estaban Phileas Carter y el director de la academia, a los cuales miraron los alumnos con no poca sorpresa.

—¿Qué pasar? —musitó Wallen.

—No sé. El prof…

—¡Silencio! —Se oyó la voz de Mike de Brando.

Isaac Forbes abrió la puerta, entró, dio la luz y se colocó a un lado. El primero en seguirle fue Carter. Luego los alumnos. El último en entrar fue Mike de Brando, que cerró la puerta y señaló el pasillo.

—Cada uno a un cuarto. Irán viniendo a medida que se les vaya avisando. Usted se queda, John.

—Sí… Sí, señor.

Esperaron a que los otros seis entrasen en cuartos separados, aislados, insonorizados. Mike tomó de un brazo a John Howard y lo llevó hacia la sala más grande, también insonorizada. Lo empujó dentro, dejó pasar a Carter y Forbes, entró y cerró la puerta. En aquella habitación había solamente algunas sillas y potentes focos de luz. Mike cogió una de las sillas y la puso en el centro del cuarto. Encendió uno de los focos, apagó la luz de iluminación normal y

señaló la silla.

—Siéntese, John.

Howard se sentó. Inmediatamente, la potente luz del foco dio en su rostro. El muchacho cerró los ojos y alzó una mano protegiéndolos aún más de aquel intenso resplandor que lo cegaba.

—Iremos directos al asunto, John. Ustedes ha escrito ciertas tarjetas, dirigidas a mí. Hemos identificado su escritura, sabemos positivamente que ha sido usted. Sabe muy bien a qué nos estamos refiriendo: al complot contra mí, al rapto de mí hija… Fui a buscarla al colegio dónde está en calidad de interna, y me dijeron que ya no estaba allí. Usted, siguiendo órdenes de Broderick Gatlin, que lo ha sobornado, está tramando algo contra mí, contra la academia, contra esta rama importante del FBI. Ahora, John, dígame dónde está mi hija… No es una broma, se lo aseguro. No es una «clase» de entrenamiento. Es la verdad, John Howard… Dígame cómo localizar a Gatlin, o lo haré pedazos con mis propias manos. Hable ahora.

—Señor, no sé de qué está hablando… ¡Se lo juro!

—John Howard, le voy a romper la nariz de un puñetazo si no contesta a mí pregunta: ¿dónde puedo encontrar a mí hija?

—Lo ignoro, señor. ¡No tengo ni idea…!

La gigantesca figura de Mike de Brando apareció en la luz del foco. Una de sus manazas asió la pechera del pijama de Howard, y la otra se hundió, con seco y espantoso golpe, en el estómago del alumno, tras ser levantado de un tirón. El muchacho lanzó un gemido y se encogió, súbitamente pálido.

—Howard, mi hija…: ¿dónde está?

—Yo… no… sé de qué… habla…

El segundo puñetazo encogió más aún al atlético John Howard, pero Mike de Brando no le dio tiempo ni siquiera a respirar. Lo sacudió fuertemente, lo sentó de nuevo y asió los cabellos del alumno, echando rudamente su cabeza hacia atrás.

—¿Dónde, Howard? ¿Dónde?

—No… no es justo esto, señor… Presentaré una queja a… a la dirección… Esta «clase» es… brutal y…

Mike de Brando lo soltó, de pronto, y se apartó de él.

—Puede marcharse, John —musitó—. Pero no de aquí, sino de la academia del FBI. Acaba de ser rechazado por mí. Jamás será un

agente especial del FBI. Eso es todo.

John Howard se puso en pie, tambaleante un par de segundos. Respiró hondo y alzó una mano.

—Lo siento, señor. Quisiera… seguir con el… interrogatorio. Se lo ruego: deme otra oportunidad.

—Lo lamento, John. Dos golpes no pueden ser suficientes para abatir a un
«G-man».
Ni siquiera estando en clase. Dedíquese a otra cosa. Eso es todo, repito. Cuando yo vuelva a este cuarto, usted ya no estará aquí. Y mañana se irá de la academia.

—Usted no tiene derecho a…

—Lo tengo yo, Howard —musitó Isaac Forbes—. Mucho me temo que De Brando tiene razón. Procuraremos arreglar su marcha del mejor modo posible. Puede retirarse.

Mike de Brando salió del cuarto de interrogadores. Cuando regresó con Amos Chapman, John Howard ya no estaba allí.

Señaló la misma silla a Chapman y lanzó la luz a sus ojos… Amos Chapman parpadeó fuertemente antes de cerrar los ojos. Eso fue todo lo que hizo.

—Amos, ¿dónde está mi hija?

—¿Tiene usted una hija, señor? No lo sabía.

—No estoy bromeando, Amos. Ni esto es una clase. Usted sabe muy bien a qué me estoy refiriendo. Su escritura ha sido identificada en las notas.

—¿Qué notas?

—Amos, le voy a golpear si no contesta a mí pregunta: ¿dónde está Broderick Gatlin?

—¿Quién, señor? Perdone, pero no conozco a ese…

De Brando lo puso en pie de un tirón y su otro puño se hundió de modo escalofriante en el estómago de Amos Chapman, que se encogió, se crispó… Su rostro quedó pálido en un instante. De Brando lo enderezó rudamente.

—¿Dónde está mi hija, Chapman?

—Váyase al demonio —jadeó el alumno.

En el cuarto resonó el segundo puñetazo al estómago de Chapman, que volvió a encogerse, sin poder evitar el quejido de intenso dolor.

—¡¿Dónde?! —gritó De Brando, amenazador—. ¡¿Dónde, Chapman?!

Amos Chapman ni siquiera contestó. Alzó la cabeza, protegida de la luz por el cuerpo de Mike de Brando. Y tanto éste como Forbes y Carter vieron la sonrisa seca y fría, como congelada, de Amos Chapman. Eso fue todo.

De Brando alzó de nuevo el puño, ahora amenazando claramente el rostro de Chapman. Un golpe con aquel puño podía romper cualquier hueso de la cabeza del alumno. Incluso el cráneo… Pero, al parecer, Amos Chapman no estaba dispuesto a dejarse romper ningún hueso. Apartó el brazo de Mike con su izquierdo y simultáneamente lanzaba un gancho en corto al vientre del profesor especial, que le cortó el resuello un instante… El tiempo suficiente para que el puño izquierdo de Chapman diese ahora con seco chasquido en la mandíbula de Mike de Brando, que retrocedió, manoteando, esforzándose en mantener el equilibrio…

Tropezó con el foco, lo derribó, perdió por fin el equilibrio y cayó de espaldas… mientras Amos Chapman había cogido la silla y la blandía ahora sobre el profesor… Las figuras se proyectaban ahora fantasmales hacia el techo. La de la silla se agigantó sobre Mike de Brando, que giró hacia un lado justo a tiempo de impedir que el alumno se la rompiera sobre el tórax. Saltó hacia todos lados, en pedazos, con seco crujido.

De Brando se puso en pie y quedó inclinado, con los brazos arqueados, mirando a su alumno, que continuaba sonriendo… mientras se acercaba a él con una de las patas de la silla en la derecha. Chapman lanzó el golpe hacia la cabeza de su profesor, que se ladeó mucho más ágilmente de lo que cabía esperar, asió el brazo del alumno con una mano, se lo pasó por un hombro, giró hasta colocarse de espaldas… y recibió un tremendo hachazo en los riñones propinado por la mano libre de Chapman, que habría ganado la pelea, sin duda alguna, de no estar viéndoselas con el león que había dejado de dormitar. Recibió un codazo de revés en el pecho, una zancadilla hacia atrás, y cayó de espaldas.

Mike de Brando lo asió por el pijama y casi lo tiró volando sobre otra silla.

—¡Sujetadlo!

Carter y Forbes se apresuraron a sujetar cada uno un brazo de

Chapman, que se quedó bruscamente quieto. De Brando volvió a lanzarle la luz a los ojos, pero enseguida se plantó ante él, jadeando, mostrando otra pata de la silla, astillada, sobre la cabeza del alumno.

—De acuerdo, Chapman —jadeó roncamente—. ¿Dónde está mi hija?

Amos Chapman no contestó. También jadeaba, pero su mirada permanecía fija en aquellos grises y congelados ojos. Plegó los labios y eso fue todo.

De Brando tiró la pata de la silla a un lado.

—Puede marcharse, Amos.

El muchacho se puso en pie y se tocó cuidadosamente el estómago. Hizo una mueca de dolor y miró sonriente en el acto a De Brando.

—Ha sido una «clase» movida, ¿no es cierto, señor? Espero no haberlo lastimado.

—Lo mismo deseo, Amos. Buenas noches.

—¿Estará mañana aquí, en Quantico?

—Eso espero.

Amos Chapman volvió a tocarse el estómago, con todo cuidado.

—Tendré que aprender esa técnica de hacer papilla un estómago, señor. Buenas noches a todos.

Y salió del cuarto.

—Es muy duro —musitó Forbes.

—Pero eso no basta —dijo Carter—. Además de duro, hay que reunir muchas otras condiciones para ser uno de los distinguidos aparte de la promoción corriente. ¿Tú qué dices, Mike?

Mike de Brando encogió los hombros y salió del cuarto de los interrogatorios, por el cual tenían que pasar todavía cinco hombres más, que serían sometidos a un inocente conato de «tercer grado».

El último fue Tully Dawson. Se marchó, haciendo esfuerzos por no demostrar el dolor de los golpes, erguido, imperturbable, según quería demostrar a toda costa.

Forbes y Carter miraron a Mike, que permanecía en pie, con la frente brillante de sudor, cansado… casi derrotado.

—Bien —murmuró el director de la academia—. Por lo menos, tenemos a seis muchachos que no se arrugan fácilmente. Ha sido una lástima lo de John Howard. ¿Y ahora, Mike?

—No lo sé… No lo sé, Isaac. Quisiera hacer algo, pero temo que apenas me mueva de aquí lo estropearía todo, precipitaría los acontecimientos… Y no es eso lo que quiero, no…

—¿Has sacado alguna conclusión con esos alumnos?

—No… Es decir, una: Amos Chapman será un buen agente. Mejor que los demás. Luego, Tully.

—Tal como dijiste antes.

—Sí… Me pregunto de qué me sirve todo esto, Isaac… ¿De qué me sirve ser tan listo y tan diestro, y todavía tan capaz de cualquier trabajo especial…? ¿De qué me sirve ahora? Si sólo se tratase de hacer un trabajo corriente, de jugarme mi vida…

—Estás cansado, Mike. Recuerda que Clarence Hadaway ha tomado cartas en el asunto, y que…

—No servirá de nada. Ellos la tienen. La matarán. Eso… eso es todo.

—Creo que deberías…

—Dejadme solo. Por favor: dejadme solo ahora, Isaac.

El director de la academia y el grafólogo cambiaron una mirada. Asintieron con la cabeza, y Carter, antes de dirigirse a la puerta, dio una palmada en el hombro del profesor especial, que quedó solo, con el foco encendido, entre aquellas frías paredes opresivas, amenazadoras. Se sentó en la silla donde había tenido sentados a golpes a sus alumnos y se pasó una mano por, la frente sudorosa… Se quedó mirando fijamente, como hipnotizado, la intensa luz del foco.

Era dorada… casi blanca. Intensísima. Pero, de pronto, para el profesor especial del FBI, aquella luz pareció convertirse en una bola negra… En una de las negras burbujas de sus recuerdos…

El doctor Carruthers dejó la mano de Hortense sobre el lecho. Luego, una vez más, colocó el estetoscopio sobre el fino camisón y estuvo escuchando durante más de dos minutos. Finalmente, se quitó los auriculares y se incorporó, lentamente, volviéndose hacia Mike de Brando.

—Lo siento —musitó.

Y Mike de Brando, uno de los más eficaces y peligrosos agentes del FBI, había tragado saliva, con tanta dificultad que parecía que estuviese tragando una enorme bola de algodón. Se había quedado mirando el blanco rostro de Hortense de Brando, casi tan blanco

como las sábanas entre las cuales yacía, en su lecho. Jamás… jamás volvería a escuchar el latir de aquel corazón contra su pecho. Jamás. Nunca jamás.

El doctor Carruthers salió del dormitorio, y Buster Carawan tocó un brazo del
G-man.

—Mike… Mike.

Lo había mirado. Y había visto las lágrimas resistiéndose a desprenderse de los ojos de su suegro. Al otro lado de la cama estaba la madre de Hortense, llorando en silencio. Lo miraba, pero no lo veía muy bien, porque sus ojos quedaban vacíos.

—Se ha ido —musitó—. Mi Hortense se ha ido, Buster.

—Nuestra Hortense —aclaró el padre de ella.

—Sí… Sí, Claro… Yo… no… no sé, no entiendo. No puedo comprender lo que… lo que ha pasado…

—Lo sé. Mike, ella descansa ahora. Yo… Nosotros… queremos agradecerte la… la felicidad que le has proporcionado durante estos tres años y pico. Cada día, ella nos decía que… que su mejor negocio en la vida lo había hecho en Miami, en una playa privada, y… Mike, debemos sobreponernos.

—Sí… Sí, entiendo.

—Bonnie está afuera. Desde ayer, insiste en veros a los dos… Nosotros podemos cuidar de ella, enviarla más adelante a un buen colegio… Tú deberías trabajar tan intensamente como ahora, olvidar… Olvidar este momento… Era mi hija, Mike, y si digo esto…

El
G-man
había reaccionado entonces.

—Está bien, Buster. Han sido siempre muy afectuosos conmigo. Todo cuanto digan estará bien.

—Eres un buen muchacho, Mike. ¿Quieres que yo le diga a la niña…?

—No. No. Yo sé lo diré.

Se había quedado todavía, unos minutos mirando aquel rostro blanco, lívido. Ya no se veían los ojos azules, la sonrisa dulce… De pronto, había dado la vuelta y salió del dormitorio, casi corriendo.

Afuera estaba Bonnie, sentada en el suelo, jugando con una

muñeca. Alzó la cabecita cuando aquella enorme sombra tan conocida quedó ante ella, y sonrió. Sonrió de aquel modo tan idéntico al de Hortense, con sus ojitos azules, su boquita redonda, estirando el hoyuelo de la barbilla. De no haber sido por el tamaño, habría podido ser confundida con otra muñeca.

—¿Puedo ver a mamá ahora, papá?

Mike de Brando había cogido en brazos a su hija.

—Ahora no, Bonnie, porque se ha ido.

—¿Adónde?

—A… un sitio que está muy lejos de aquí.

—Pero ¿volverá?

—Podríamos… hacer algo mejor, Bonnie: ir con ella.

—¿Cuándo?

—No sé. No sé cuánto tardaremos… Pero te prometo que algún día, alguna vez, nos reuniremos con mamá…

La negra burbuja reventó de pronto, y Mike de Brando se encontró en pie ante el foco, cegado por la luz, crispado, apretados los puños. El calor de la lámpara casi quemaba su rostro. La apagó y salió del cuarto de los interrogatorios, del pabellón…

Demasiado pronto. Era demasiado pronto para que Bonnie fuese a reunirse con Hortense. A los ocho años, no se debe emprender semejante viaje.

Se detuvo en medio de la avenida. Ni siquiera notaba el viento frío de la noche, ni sabía ni le importaba que eran más de las tres de la mañana… de la madrugada. Ni veía las estrellas… No veía nada.

Continuó caminando. Los pensamientos se cruzaban en su mente a una velocidad que lo aturdía. Y ninguno era bueno… Absolutamente ninguno, porque, en algún lugar, alguien sólo tendría que apretar un gatillo o dar un tajo con un cuchillo para que todos los esfuerzos suyos personales o los del FBI en peso fuesen en vano. Pasó cerca de Isaac Forbes y Phileas Carter, que parecían esperarle en la entrada del pabellón de las oficinas, pero en realidad ni siquiera los vio.

Poco después abría la puerta de su chalet, encendía la luz, entraba… Se detuvo en seco, casi pisando aquel pequeño sobre blanco que, a no dudar, como el anterior, había sido echado por debajo de la puerta.

Lo recogió, fue al *living* y se sirvió una dosis de *whisky*. Luego

abrió el sobre y leyó lo escrito en aquella tarjeta, idéntica a las otras:

«Mike de Brando: Todavía queda algo de usted que debe ser destruido. Su casa. Y antes de media hora, veinte de los alumnos de esta maldita academia volarán en pedazos. Mañana recibirá las últimas instrucciones. Mientras tanto, puesto que lo quiero vivo, salga de su casa antes de cinco minutos».

Guardó la tarjeta, fue al dormitorio, abrió el armario y recogió el álbum de fotografías. Solamente eso. Lo abrió y estuvo unos segundos mirando algunas de ellas: Hortense, Bonnie, él… Los tres juntos, ellas dos, Bonnie jugando… Se metió bajo un brazo el álbum y salió de la casita, alejándose rápidamente.

Ni siquiera había llegado al otro lado de la avenida cuando sonó la explosión tras él, empujándole fuertemente, lanzando hacia su espalda una oleada de calor que casi abrasó su nuca. Se volvió tan velozmente que la casa todavía estaba saltando por los aires, en pedazos de chamuscada madera que se veían a la roja luz de la llamarada de la explosión. Algunos cristales de los tres chalets más cercanos estallaron sonoramente… Una pequeña tromba de fuego, de pedazos de ladrillo, de madera, saltaron hacia todos lados, rodeados de chispas incandescentes.

La alarma estaba sonando ya, tanto en la parte de la academia del FBI propiamente dicha como en las instalaciones mucho mayores de la U.

S. Marine

Corps, a lo lejos.

Los dos primeros en aparecer fueron Isaac Forbes y Phileas Carter, corriendo desde el pabellón de las oficinas hacia la casa, hacia aquella gigantesca sombra bañada en rojo que estaba en la avenida, mirando hacia el rugiente montón de fuego, de escombros…

Llegaron junto a él, jadeando, cuando ya las luces de los demás pabellones se habían encendido, y varias docenas de hombres se asomaban a las ventanas, mirando hacia lo que quedaba del chalet de Mike de Brando, envuelto en llamas que decrecían rápidamente, tras la explosión.

—Mike, ¿estás…?

—Estoy bien, Isaac. Llama a todos los profesores a reunión.

Antes de media hora hay que encontrar otra bomba como ésa, o quizá más potente, en uno de los pabellones de los alumnos. Que cada profesor dirija un grupo de alumnos en la búsqueda de esa bomba.

—Pero…

—Haz lo que te digo, por favor. ¡Pronto! Si no la encuentran en veinte minutos, habrá que abandonar completamente los pabellones.

—Está bien…

Forbes y Carter se alejaban, corriendo, mientras De Brando continuaba mirando los restos de su cubil de hombre solitario. Solitario para siempre, desde que muriera Hortense, la única mujer que había amado, gastando en ella toda su capacidad de amor. Y la había perdido… Había perdido a Hortense, había perdido su carrera activa en el FBI, había perdido parte de las facultades de su pierna izquierda, había perdido… o iba a perder a su hija, su pequeña Bonnie.

CAPÍTULO XII

—Mike…

—¿Sí?

Se volvió lentamente, dejando de mirar a la brigada de hombres que se habían adherido al servicio de extinción de incendios. Isaac Forbes estaba ante él, mostrándole un artefacto metálico que parecía un reloj.

—Estaba en los lavabos del pabellón número 3. Habría explotado dentro de diez minutos. ¿Cómo lo sabías?

—Fueron tan amables de avisarme. Supongo que nadie podrá decir nada al respecto: no vieron a nadie, no saben nada…

—Los profesores están ahora en eso. Quizá alguno de los alumnos recuerde algo.

—Lo dudo. ¿No es ésta una de nuestras bombas de relojería para prácticas en los campos de tiro?

—Sí. Es una de nuestras propias bombas. Parece que uno de tus siete muchachos la tomó de allí, junto con el explosivo necesario para volar medio pabellón, por lo menos.

—No.

—¿Cómo?

—Quien fuese, no quería volar el pabellón. De ser así, habría podido hacerlo, igual que voló mi chalet.

—No comprendo.

—Yo tampoco, Isaac. Pero me pregunto por qué tenían que avisarme de que antes de media hora iban a volar el pabellón. Quizá no quieran muertes, y sí, en cambio, desmoralizar a todos los estudiantes que tenemos en la academia… No es muy tranquilizador acostarse en un lugar que puede tener una bomba muy cerca, o donde es volada tranquilamente la casa de uno de los profesores.

—Quizá tengas razón. Pero si no querían volar el pabellón… ¿por qué ponerla? ¿Sólo para desmoralizar a los alumnos?

—Supongo que así debe ser.

—Bueno… Es posible que sea así, pero no lo encuentro demasiado inteligente. En realidad, es la única cosa que no encaja en todo lo que está ocurriendo.

—Lo que está ocurriendo es sólo culpa mía.

—Oh, vamos, Mike… Olvida eso. Vamos a mí despacho. Luego vendrán los profesores y nos dirán si hay alguna pista.

CAPÍTULO XIII

—Está bien —suspiró Forbes—, pueden retirarse todos. Gracias por su colaboración.

Los profesores se retiraron, en silencio. Mike de Brando apagó su cigarrillo en el cenicero y musitó:

—Ya te lo dije. Ninguna pista, Isaac.

—Es inconcebible…

—Por un lado, es magnífico.

—¿Magnífico? —exclamó el director de la academia—. Suponga que no estás de humor para bromear, Mike.

—Por supuesto. He querido decir que, sea como sea, tenemos a un hombre excepcional este curso. Excepcional sobre los excepcionales, Isaac, ¿no te das cuenta? Coloca sus notas donde quiere, no deja ni una sola pista, imita las letras de sus compañeros con la mano izquierda, instala bombas en mi casa, en un pabellón de alumnos. Y antes ha tenido que conseguir los mecanismos de relojería, los explosivos… Está haciendo lo que le da la gana, simplemente.

—Entonces, quizá sea cierto que consiga matarte.

—No… Me quieren vivo.

—Pero una de las notas decía que uno de tus alumnos te iba a asesinar.

—Sí. Pero no todavía. Quizá más adelante. Antes, tengo que esperar las últimas instrucciones. Toma, lee la última tarjeta recibida… Estaba en el vestíbulo, en el suelo, cuando regresé antes a mí casa.

Forbes la tomó.

—¿Dónde dormirás esta noche?

—En cualquier parte. Aunque la verdad es que no creo que

pueda dormir. Léela.

Forbes leyó la tarjeta y quedó absorto.

—Es cierto —musitó luego—. En realidad, es un aviso de que iban a volar tu casa y uno de los pabellones. Lo encuentro… raro. Creo que voy a ordenar que busquen huellas en aquellos lavabos, y en esta bomba de relojería.

—Perderás el tiempo. Insisto en que ese muchacho es algo absolutamente excepcional. Ha venido aquí sabiendo todo lo que debía saber. Sólo está perfeccionándose.

—¿Amos Chapman? Es el mejor de todos, sin duda.

—Demasiado evidente. A Amos Chapman se le ve tan seguro de sí mismo, tan claramente inteligente, audaz y resistente a todo, que si él fuese el causante de todo esto, quizá se esforzaría en ocultar sus… habilidades auténticas, no en ponerlas tan en evidencia.

—Sí… Sería un comportamiento astuto. ¿De cuál otro sospechas?

—De ninguno. No puedo sospechar de ninguno, Isaac. Ni siquiera puedo hacerlo, honradamente, con Amos Chapman. Puede ser él, puede ser cualquier otro.

—De todos modos, mañana, es decir, en cuanto amanezca, ordenaré que se inicie una investigación.

—Y yo repito otra vez, contra mi costumbre, que perderás el tiempo. Adiós, Isaac.

—¿Adónde vas?

—No sé… A pasear. A pensar. Estaré en mi lugar a la hora en punto, desde luego.

Salió del despacho de Forbes y poco después a la avenida. Allá, le estaban esperando los siete alumnos de su grupo. John Howard permanecía un tanto retrasado, mohíno, casi sombrío.

—Le estábamos esperando, señor —dijo Peter Rumsey—. ¿Qué es lo que ocurre en la academia?

—Nada.

—Pero… Bueno, nosotros tenemos la impresión de que…

—No está ocurriendo nada, Peter. Quiero decir, nada diferente a lo que les dije en el interrogatorio de antes.

—¿Cómo? Perdón, señor, pero no…

—Se refiere a su hija —cortó Amos Chapman—. ¿Era cierto todo lo que nos dijo antes, en el cuarto de interrogatorios?

—Así es, Amos.

—¿Tiene usted una hija? —susurró Tully Dawson.

—Sí.

—¿Y ella es la… mujer que usted iba a ver esta tarde?

—Exactamente.

—¿Y alguien la ha raptado?

—Así es, Morton.

Los alumnos cambiaron una mirada de desconcierto, impresionados.

—Pero nosotros creíamos que era una clase de… ¿De veras han raptado a su hija, señor?

—Por una venganza, Randall. Creo que es un hombre llamado Broderick Gatlin, al cual envié a prisión por diez años, después de una pelea con él y con su hermano, en la que murió éste. Salió en diciembre del año pasado, y ha dedicado su tiempo, desde entonces, a buscar mi punto flaco: mi pequeña Bonnie. Sé muy bien que piensa matarla ante mis propios ojos.

—Nosotros… Yo… Señor, quisiéramos poder… ayudarle, sea en lo que sea. No sé cómo, pero si usted…

—Yo sé cómo, Peter.

—Dígalo, y le aseguro que haremos lo que sea. Lo que sea.

—Bien. Uno de ustedes está ayudando a ese hombre, a Broderick Gatlin, en este asunto. Uno de ustedes colocó la bomba en mi casa y en el pabellón de alumnos número tres. De ustedes siete, uno es culpable de todo eso. ¿Quieren ayudarme? Pues encuéntrenlo. Yo haré lo demás.

Hubo cambio de miradas sobresaltadas entre los alumnos especiales. Amos Chapman miró finalmente a De Brando.

—Espero que se de cuenta de lo que significan sus palabras, señor.

—Yo siempre me doy cuenta de lo que digo, Amos. Ha sido analizada la escritura de ustedes, pero eso no ha dado un gran resultado… En cambio, sí ha dado resultado el análisis de la tinta. Todos ustedes usan la misma, ¿no es cierto?

—Sí… Hace un par de días, en…

—No me interesan esos detalles. Pero sí quiero dejar algo bien claro ahora mismo: yo descubriré al culpable. Yo soy Mike de Brando, muchachos, no un profesor con la cabeza llena de teorías y

la barriga llena de grasa. Yo sabré cuál de ustedes ha hecho todo eso.

Y muy pronto.

—¿Cuándo, por ejemplo? —preguntó Chapman.

—Exactamente, mañana a las doce del mediodía.

—Ojalá sea cierto, señor. Pero si mientras tanto podemos ayudarle…

—Ya les he dicho cómo.

—Lo intentaremos. Entonces… ¿hasta mañana a las doce?

—¿A las doce? ¿Por qué?

—Bueno, usted ha dicho… Como está ocurriendo todo esto.

—Ocurra lo que ocurra, yo siempre hago lo que hay que hacer, Tully. Mañana, a las siete… Es decir, dentro de poco más de tres horas en el gimnasio número dos. ¿Alguna pregunta?

No hubo preguntas, y Mike de Brando se alejó hacia la oscuridad.

CAPÍTULO XIV

A las siete gimnasia. De ocho a diez, desayuno y repaso de los sistemas monetarios internacionales, sin dejar un solo país en todo el mundo.

A las diez, exactamente a las diez, clase de sistemas monetarios.

En punto a esa hora, Mike de Brando apareció en el Aula Cero, normal, impávido como siempre. Parecía que nada estuviese ocurriendo, que la situación fuese la misma que dos días antes.

Se sentó a su mesa, que estaba ahora en otro lugar, hacia el rincón del fondo. No había ningún sobre esperándole, y eso le decepcionó. Pero solamente por unos segundos, porque, al mirar hacia sus silenciosos alumnos, el brillo de algo blanco en el suelo le llamó la atención inmediatamente. Un pequeño rectángulo, caído junto a uno de los bancos, muy cerca del pie izquierdo de Peter Rumsey. Lo cual, ciertamente, no quería decir nada.

Se puso en pie, fue hacia allá, recogió el sobre y volvió a la mesa, ante la expectación de todos. Lo abrió y leyó su contenido:

«Mike de Brando: Estamos llegando al final. Esta tarde, cuando haya anochecido, salga en su coche hacia Culpeper; luego, baje hacia Orange. Hágalo completamente solo… si quiere ver por última vez a su hija».

Guardó el último mensaje, sosegadamente. Sacó su libreta grande de notas, la abrió, reflexionó unos segundos y, de pronto, sacó un pequeño objeto metálico de un bolsillo interior de su chaqueta. Una radio de bolsillo, que accionó.

—¿Samuel?

—Dime, Mike —oyeron claramente los alumnos, ahora sólo seis.

—Ya puedes venir.

—En el acto.

Guardó la radio y miró hacia los seis intrigadísimos discípulos especiales.

—Voy a pedirles, por favor, que vayan a… tomar un café. Diez minutos de ausencia, si no les importa.

En silencio siempre, los seis aspirantes a G-men salieron del Aula Cero. Inmediatamente, De Brando fue hacia el rincón opuesto al de su mesa, con un abrecartas, cuyo extremo agudo metió entre dos de las tablas de la pared. Las forzó hacia fuera hasta que una de ellas quedó desprendida en muy buena parte. De allí, sacó una pequeña cámara tomavistas, de la cual brotaba un fino siseo de mecanismos en marcha. La paró, la dejó sobre la mesa y se volvió hacia la puerta, arrastrando su silla. Subió a ella, fue palpando el marco de la puerta y encontró fácilmente el finísimo y transparente hilo de nylon, del cual fue tirando hasta llegar, siempre con suaves tirones, al hueco dejado en el rincón. Acabó de arrancarlo, colocó la tabla en su sitio, enrolló el hilo y lo guardó… y al mirar hacia la puerta vio a John Howard, mirándolo fijamente.

—Oh, John… ¿Desea algo?

—Sólo venía a despedirme, señor.

—Muy amable de su parte. Espero que eso signifique que no me guarda rencor.

—Ninguno, señor. Yo… he tenido tiempo de reflexionar, y creo que… debo estarle agradecido. Siempre es mejor tomar el camino más adecuado para nosotros que tener que volver atrás a mitad de otro camino equivocado.

—Me alegra que lo interprete tan exactamente. Y no se preocupe demasiado por lo sucedido aquí. Usted no sería un buen agente del FBI, pero puede ser un genio en otra cosa. Le deseo que la encuentre pronto.

—Gracias… Gracias, señor, de veras. Quisiera… no perder el contacto con usted, escribirle alguna vez… ¿Puedo?

—Siempre que quiera.

John Howard tendió su mano, y Mike la aceptó, afablemente. No había rencor en Howard, lo sabía. Lo cual demostraba que era un muchacho en verdad inteligente, fuese o no fuese apto para la dura vida de agente del FBI.

—Adiós, señor.

—Hasta siempre, John.

Howard se cruzó en la puerta con un hombre, que le cedió el paso, sonriendo, y que entró luego en la aula, encarándose a De Brando.

—¿Y bien?

Mike le tendió la pequeña cámara tomavistas.

—Procura tenerlo para las doce menos unos minutos, Sam. Y me traes el resultado, por favor.

—Seguro.

A las doce menos cinco minutos, Samuel Bown apareció de nuevo en la Aula Cero, cuando Lewis Gilbert estaba explicando el sistema monetario tahilandés y sus equivalencias en oro con respecto a USA. Se interrumpió un instante, pero a una seña de De Brando continuó, mientras el recién llegado, con un sobre color crema en las manos, esperaba en silencio.

—Muy bien, Lew. Muy bien todos. Para esta tarde tenemos una interesante sesión de manejo de diversas radios de comunicación a larga distancia. Veremos si podemos charlar con alguien de Los Ángeles, de Saint Louis, de Miami y sitios así… La clase ha terminado.

Los seis alumnos salieron, silenciosos, mirando hacia el hombre que esperaba pacientemente. Cuando salían, él se acercaba ya a De Brando, tendiendo el sobre. Lo último que vieron, a través de los cristales del ventanal, fue a De Brando metiendo dos dedos en aquel sobre, y el llamado Samuel moviendo mucho las manos y señalando hacia el exterior.

Eso fue todo.

Siguiente clase: radio.

CAPÍTULO XV

La clase de radio terminó exactamente a las cinco y media. Era como si Mike de Brando tuviese el tiempo cronometrado al segundo. No había el menor fallo, la menor pérdida de tiempo. De modo que, a la hora reglamentaria, el profesor especial del FBI dijo, según era su costumbre:

—La clase ha terminado… Y debo añadir mi felicitación a todos. Ignoro cuántos de ustedes llegarán al final de este curso conmigo, pero sí tengo la seguridad de que ante mí hay seis buenos agentes en ciernes del FBI. Sinceramente, mi enhorabuena. Eso es todo.

El primero en ponerse en pie, casi precipitadamente, fue Peter Rumsey.

—Tengo algo que decir, señor.

—Adelante, Peter. Mi horario de trabajo no tiene límite.

—No es eso… Bien, yo… quería preguntar si sabe usted ya cuál de nosotros… Bueno, usted dijo que lo sabría a las doce del mediodía, señor.

—Oh, sí, el culpable de todas, esas cosas. Lo lamento: temó que mis planes fallaron, Peter. No sé cuál de ustedes pueda ser. Pero, ya que lo menciona, quisiera decir unas palabras, si son tan amables de atenderme. Sé que ha llegado su tiempo libre del día, pero…

—Usted dispone de ese tiempo, señor.

—Gracias, Peter. Si los demás están de acuerdo… —Miró uno a uno de los seis alumnos diferentes, y ninguno hizo el menor gesto que indicase intención de marcharse—. Gracias de nuevo. Yo… quiero recordar al culpable de esta situación personal mía que sus procedimientos no son… de hombre. Para el buen gobierno de ese canalla, diré que estoy dispuesto a todo. Mi vida es… algo realmente insignificante, según me parece. No la tengo en

demasiada estima. Todo cuanto estoy haciendo, en este esfuerzo profesional de instructor, lo hago por el FBI y por mí hija. Ella tiene ocho años… Ocho años, muchachos. A todos ustedes, y especialmente al que está trabajando en mi contra, le hago esta oferta: mi vida por la de mí hija. No impondré ninguna otra condición. Sólo quiero que Bonnie pueda… vivir unos cuantos años más. Por lo menos, hasta que encuentre un hombre que… Yo… No sé… Creo que no son palabras lo que hacen falta ahora. En mi opinión, ustedes seis son hombres de gran solidez moral, de manera que entienden bien mis palabras; una niña de ocho años no es persona en la que pueda… verterse la venganza de un hombre rencoroso. No impongo condiciones de ninguna clase, muchachos: sólo pido, a cambio de lo que sea, la vida de mí pequeña Bonnie. ¿Me la conceden, al precio que sea?

Nadie contestó. Peter Rumsey, que era el único que estaba en pie, había palidecido. Pero no menos que los otros cinco, cuyos ojos estaban fijos en el profesor especial.

Mike de Brando también se puso en pie, un tanto crispado el rostro.

—Es posible que no volvamos a vernos —musitó—. Pero antes de marcharme de aquí, recomendaré que ustedes seis sean atendidos de acuerdo a sus merecimientos. Adiós, federales.

Ahora todos estaban en pie y definitivamente pálidos. Mike de Brando los miró unos segundos, uno a uno. Sonrió casi completamente y se apartó de la mesa. Segundos después había abandonado el Aula Cero.

Tully Dawson pegó un violento puñetazo en su pupitre.

—¡Maldito cochino el que sea…! —aulló roncamente—. Si yo le pongo la mano encima, lo… lo…

—Cálmate, Peter —susurró Morton Wallen—. Con esa actitud, De Brando te pondría un cero tremendo en «control personal».

Rumsey casi clavó un dedo en el pecho de su compañero.

—¡Escucha esto, Morton: si uno de vosotros…!

—Calmaos todos —propuso serenamente Amos Chapman—. No somos viejas lloronas. Tenemos un problema que no se puede resolver con gritos ni con amenazas entre nosotros…

—¡Uno de nosotros es un cerdo que vamos a degollar en…!

—¡Está bien, uno de nosotros es un cerdo! —explotó Randall—.

¡Pero dinos cuál, Peter! Si tú lo sabes, dilo, y dentro de cinco minutos será enviado su cadáver a la Dirección… Pero te pregunto: ¿quién es? ¿Yo? ¿Lew, Amos, Tully, Morton…? ¿O tú mismo, Peter? ¿Cuál de nosotros es ese cerdo?

Se quedaron mirándose unos a otros, furiosos, congestionados. Amos Chapman alzó las manos en plan de apaciguador.

—Insisto en que estáis desorbitando la cuestión, muchachos… Sea el que sea de nosotros, no lo dirá, naturalmente. Somos seis, y de los seis sólo uno tiene algo contra el Hueso…

—¡Pero qué Hueso ni qué demonios…! —gritó Tully—. ¡Ese tipo de la cara de palo es el mejor personaje que he conocido! Es muy fácil ganarse su amistad. Es asquerosamente fácil: haces lo que tienes que hacer, y ya está. Anoche me dejó el estómago hecho una pena a golpes. ¿Y qué? ¿Creéis que le guardo rencor? Recordemos a John. Si John hubiese insistido en ser agente del FBI, es más que seguro que a la primera dificultad habría dejado el pellejo. Entonces, yo os diré lo que hizo De Brando con él: le salvó la vida. ¡Le salvó la vida, a pocos meses vista! Y es probable que nos haya hecho recapacitar a todos sobre lo que nos espera si conseguimos el título. Por mi parte…

—Tully —cortó Amos Chapman—, ¿tienes inconveniente en que yo diga algo que podría ser interesante?

—¿Con respecto a De Brando?

—Por supuesto.

—Me pregunto qué demonios estás esperando…

Capítulo XVI

Hacia las siete y media, a mitad de camino entre Quántico y Culpeper, cuando ya hacía unos minutos que había anochecido, Mike de Brando metió el freno a fondo al ver al hombre que aparecía por un lado de la carretera, alzando los brazos. Después de finalizar la clase había tenido que esperar todavía no menos de una hora para salir de la zona académica del FBI.

Y ahora, en plena carretera, uno de sus alumnos le salía al paso, agitando los brazos…

El coche se detuvo exactamente junto a Amos Chapman, el cual se apresuró a subir y señaló hacia adelante.

—Siga, De Brando.

—Amos… ¿Usted? No quería creerlo…

—Así es la vida. ¿Por qué dice que no quería creerlo? ¿A qué se refiere?

—A la película.

—¿Qué película?

—La que tomé en la Aula Cero. Coloqué un alambre que disparaba una pequeña microcámara tomavistas que enfocaba la entrada de ustedes, al entrar allí. Y por esa película, a las doce en punto, supe que usted era quien había dejado caer el mensaje al suelo. Está bien claro.

—No le creo, De Brando.

—¿No? Bueno, quizá quiera ver la película…

—Sí. Quiero verla. Y cuidado con lo que saca de ese bolsillo, profesor. Mi vida, para usted, vale menos que la de su hija, supongo.

De Brando sacó un diminuto rollo de película, sin responder. Luego, del *tablier*, tomó un pequeño visor luminoso, que también

entregó a Amos Chapman. No necesitó explicar el funcionamiento del pequeño aparato: Amos Chapman metió la película por la parte superior de la rendija y fue tirando lentamente de ella. En efecto, se le veía con toda claridad en el momento de dejar caer el pequeño sobre en el pasillo del Aula Cero…

—¿Por qué no me delató, De Brando? Pudo matarme allí mismo… Usted es de ésos: podía haberme roto el cuello, es superior a mí. Ambos lo sabemos.

—Amos, un hombre no es en todas las circunstancias superior a otro. Dice un refrán que no hay enemigo pequeño… Y yo podría añadir que tampoco hay enemigo grande. Uno y otro pueden vencer o ser vencidos.

—Es usted un hombre… extraño, profesor. O, mejor dicho, es… excepcional. ¿Cómo es posible que sepa dominar tan bien sus nervios, su odio, su rencor…? Me tenía delante, y estuvo hablando como si lo ignorase todo…

—¿Qué habría ganado rompiéndole la cabeza, Amos?

—Nada. Seguramente, habría perdido. Y ahora, según parece, usted va hacia Orange, de acuerdo a las últimas instrucciones que yo le escribí en la tarjeta.

—Así es. ¿Es usted el encargado de asesinarme?

—No —musitó Chapman—. Yo sólo soy un pobre muchacho que va a cobrar doscientos cincuenta mil dólares por el trabajo realizado dentro de la academia del FBI. Quien ha de matarlo, profesor, lo está esperando unas cuantas millas más adelante. Y yo le pregunto: ¿quiere usted seguir este viaje, realmente?

—Sí.

—Lo piensan matar, supongo que lo sabe.

—Lo sé.

—¿Y sigue adelante?

—Sigo adelante.

Amos Chapman asintió con la cabeza impresionado. Encendió un cigarrillo, pero apenas había empezado a fumar de él cuando Mike de Brando se lo quitó de la boca y comenzó a fumar, impertérrito. Chapman encendió otro y continuó mirando al frente, hacia la carretera que ya se veía manchada de largas rayas amarillas producidas por los faros de algunos coches.

—¿Y los demás? —preguntó de pronto De Brando.

—¿Se refiere a Randall, Peter, Tully…?

—Sí.

—Los engañé. Les propuse un modo de ayudarle a usted, y sugerí que debíamos vigilar las carreteras, todos nosotros provistos de radios de bolsillo de largo alcance. El que viera hacia dónde se dirigía usted, llamaría a los demás… y todos vendrían a ayudarle. Pero, desde luego, no pienso llamarlos. Espero que lo comprenda, profesor… Doscientos cincuenta mil dólares es… mucho dinero.

—No le servirá de nada, Amos. No lo disfrutará.

—Oh, sí… Todos, los seis, hemos salido de los terrenos de la base. ¿Por qué habrían de sospechar de mí? Yo, igual que los demás, diré que no le vi a usted, y eso será todo. Seré agente del FBI, tendré doscientos cincuenta mil dólares… Ha sido muy fácil.

—¿Lo contrató Broderick Gatlin?

—En efecto. Él y dos amigos suyos tienen ahora a su hija, y nos están esperando. Gatlin se… presentó a mí poco antes de ingresar en la academia. Parece que estaba buscando un chico despierto, inteligente, que quisiera ganar doscientos cincuenta mil dólares por poco trabajo, y… lo encontró. Es mucho el rencor que le tiene, De Brando. Diez años en prisión y su hermano muerto quizá sean motivos… comprensibles.

—Él lo hizo todo, Amos. Yo cumplí con mi parte, a favor de la ley… ¿Dónde está mi hija?

—Ya la verá.

—¿Está… está bien…?

—Supongo que sí.

—Bien… Creo que ya no son necesarias demasiadas explicaciones… Sólo una cosa aparece dudosa, Amos: ¿por qué avisarme de que iban a volar un pabellón de estudiantes?

—No interesaban tantas muertes. Sólo la de usted… Y me di el gusto de comprobar que usted, incluso en momentos penosos, era capaz de pensar con lucidez, con… desprendimiento personal. Toda su vida se estaba desmoronando, arruinando… y pensó en veinte muchachos que querían ser del FBI. En realidad, lo respeto, De Brando. Usted se cansa de decir que un hombre debe hacer siempre lo que corresponde a su situación, a su trabajo, a su personalidad… Y hasta ahora, así lo ha cumplido.

—Lo cumpliré siempre, Amos.

—Eso ya lo veremos más adelante.

CAPÍTULO XVII

Finalmente, un par de millas antes de llegar a Orange, Amos Chapman indicó:

—Primer desvío a la derecha, De Brando. Vamos a una casita. La verá fácilmente.

El profesor especial del FBI desvió el coche al llegar al punto mencionado. Se encontró en un camino de tierra, que siguió durante cinco o seis minutos, hasta que vio las luces de lo que parecía una granja.

Entonces, detuvo el coche y se volvió hacia Chapman.

—Piénselo bien. Amos. Naturalmente, con esa película, ya todos los que quedan en la academia saben que es usted quien ha intervenido en todo esto. Jamás será agente del FBI, jamás podrá disfrutar de esos doscientos cincuenta mil dólares. Y no olvide que el FBI…

—Tengo una idea muy clara de lo que es el FBI —sonrió fríamente Chapman—; cuando uno de sus hombres es asesinado, siete mil se ponen en movimiento, con todos sus recursos. Sin embargo, esto no servirá conmigo. Le he dicho antes que sería agente del FBI, pero sé que no podrá ser así. No importa. Éste es el plan: usted y su hija serán asesinados. Primero ella, ante sus ojos, como usted suponía. Luego usted. Después, yo, con los demás, me iré en un helicóptero, hacia el Sur. En cierto lugar nos está esperando una avioneta, que nos llevará a Perú. Una vez allí, ya nos… arreglaremos. Por mí parte, según parece, podré empezar una vida… interesante, con doscientos cincuenta mil dólares.

—Está loco —casi rió De Brando—. Completamente loco, Amos. Ni aunque tuviese un billón de dólares podría escapar de la garra del FBI.

—Siga adelante.

—Quiero proponerle…

—¡Siga adelante, De Brando! Hacia esa granja, directo.

El profesor especial ya no dijo nada más. Condujo el coche hacia las luces que se divisaban. Luego vio el sendero que se desviaba hacia la granja y lo tomó. A los pocos segundos, el coche se detenía ante el porche.

Casi en el acto, dos hombres aparecieron de las sombras de éste y se acercaron al coche, pistola en mano, cautelosamente.

Cuando se asomaron, cada uno por una ventanilla, Mike de Brando estaba inmóvil, crispadas sus manos en el volante.

—Hola, Chapman —dijo uno, casi riendo—. Lo has hecho muy bien. ¿Está desarmado?

—Todavía no —pareció sobresaltarse Chapman—. Pero lo estará enseguida. Lowell. ¿Lleva pistola, profesor?

—Sí.

—Démela. Y le aconsejo que me entregue cualquier otra arma que lleve encima. Todo, incluso sus cerillas. Y cuando digo todo, quiero decir todo.

Mike de Brando se quitó la chaqueta, que tendió a uno de los desconocidos, por la ventanilla. Quedó al descubierto la funda sobaquera, que desabrochó y también entregó. Luego, de los bolsillos del pantalón, sacó varias cosas, que también entregó…

—Que yo sepa, no llevo nada más, Amos.

—Apéese. Y sigo sin creer lo que veo, De Brando. Sabe que va a morir, irremediablemente, y entrega sus armas, todos los posibles trucos que lleve en su ropa. ¿Por qué?

—Ya se lo he dicho en diversas ocasiones: todos debemos hacer lo que nos corresponde. ¿Puedo salir ya?

—Sí. Lo están esperando.

CAPÍTULO XVIII

La sala de la granja era grande, destartalada, bastante sucia. Todavía se veían algunas telarañas por el techo y los rincones. En una mesita, algunas botellas de *whisky* vacías y un par de ellas todavía con más de la mitad del líquido.

Pero Mike de Brando no pudo ver todo esto. Es decir, no pudo prestarle la menor atención. Lo único que vio fue a la niña, sentada en un viejo sillón de madera, un balancín chirriante. Estaba muy pálida… Abrió mucho los ojos al verlo, y su grito fue incontenible:

—¡Papá…!

Quiso correr hacia él, pero de un sillón saltó un hombre, que puso una navaja, de punta, en la garganta de la niña. Mike de Brando quiso abalanzarse hacia aquel hombre, pero Amos Chapman, con su propia pistola, lo detuvo en seco, clavándosela en el estómago.

—Quieto, profesor.

De Brando se pasó la lengua por los labios. Tenía la boca completamente seca. Y dentro de su cuerpo, en su gigantesco pecho, notaba el violento latir de su corazón. El corazón del león que despierta de pronto… y se encuentra rodeado de armas que pueden aniquilarlo en menos de un segundo.

—Papá —gimió la niña—. ¡Tengo miedo! Me han pegado, tengo miedo…

El hombre que la había detenido apoyándole la navaja en la garganta la sentó de nuevo en el balancín, de una sonora bofetada en pleno rostro. La niña cayó salvajemente impulsada, llorando, y el hombre se volvió hacia Mike de Brando.

Un hombre de mediana estatura, como de cuarenta y cinco años, flaco, seco, de mirada ardiente, con muchas canas en su cabellera

rubia, que parecía sucia, como podrida… Diez años de prisión habían dejado para siempre su huella en Broderick Gatlin. Sus claros ojos parecían los de una serpiente maligna, dispuesta a engullir el conejillo dormido.

—De Brando —musitó—. El agente del FBI que arruinó mis mejores años de vida… El hombre que mató a mí hermano, que lo destrozó todo… La vida da mil y mil vueltas, De Brando… ¿Quiere un *whisky*, quizá?

—Lo tomaré, Gatlin.

—Bien… ¡Bien! Sus nervios siguen siendo de acero, ¿no es así? Sabe que puedo matar a su hija en un segundo, de un solo navajazo, pero sus nervios se mantienen firmes… Un *whisky*… El gran Mike de Brando acepta tranquilamente un *whisky*… ¿Pretende impresionarme?

—No. Es sólo que necesito un trago, Gatlin.

—¿Usted? ¿Usted necesita un trago? Oh, vamos, no puedo creerlo. No es propio de usted… Durante diez años he seguido su vida, paso a paso… ¡Paso a paso! ¡Sé todo sobre usted! Lo que hace, cómo vive, con quiénes trata… Incluso me enteré de la muerte de su esposa, De Brando. ¡Oh, aquello fue delicioso, se lo juro…! ¡Imagínese…! ¡Imagínese mi alegría cuando llegó a mí la noticia de que había muerto la adorada esposa de Mike de Brando…! ¡Quieto!

De Brando había saltado hacia Broderick Gatlin, con las manos crispadas tendidas hacia delante. Tan sólo que hubiera podido ponérselas en el cuello un par de segundos, se lo habría roto, como si fuera una vieja caña podrida… Pero los dos hombres desconocidos lo detuvieron, lo sujetaron, y Gatlin aprovechó la ocasión para golpear en plena frente al profesor especial del FBI, rugiendo de placer…

Un placer que se vio mermado por el silencio del hombre del FBI, que ni siquiera aflojó las piernas, ni gritó, ni se quejó… La sangre brotó de pronto, impetuosamente, por el corte producido por el golpe, y resbaló por el rostro de Mike de Brando, pero éste permaneció erguido, impasible. Palidísimo, pero impasible, entero, firme. Ni siquiera intentó ya soltar sus brazos de la férrea sujeción que ejercían Lowell y Flint.

Bonnie lo miraba, llorando copiosamente. Sus bonitos ojos azules, tan iguales a los de Hortense, estaban llenos de gruesas

lágrimas, que se deslizaban por las mejillas de la niña, como un diminuto torrente cálido…

—Es muy listo —tembló de rabia Gatlin—. ¡Muy listo! Quería que lo matase, para no ver así cómo mataba luego a su hija… Eso es lo que quería… ¿No es cierto, De Brando?

Amos Chapman se adelantó, de pronto, llamando la atención de Gatlin, moviendo la pistola de Mike.

—Un momento, señor Gatlin…

Éste se volvió hacia él, con los ojos chispeando de rabia.

—¿Qué te pasa a ti? —Gruñó.

—Bueno… Yo no quisiera participar directamente en esto, si no le importa…

—¿Quieres marcharte?

—Lo preferiría. Este maldito tomó una película mía dejando caer uno de los mensajes que usted me ordenó. Precisamente el último…

—Ya que hablas de eso: ¿por qué no voló el pabellón de los alumnos?

—El tuvo tiempo de encontrar la bomba. Es un hombre… —Miró irónicamente a Mike— demasiado listo. Sí, demasiado listo. Tanto, que estoy seguro de que una copia de la película en que aparezco yo dejando caer el mensaje está en el lugar conveniente. Eso quiere decir que todos saben ya que el culpable de todo lo ocurrido en la academia soy yo. Por tanto, quisiera marcharme cuanto antes… una vez haya cobrado mi dinero.

—Oh, por supuesto, Chapman, por supuesto… Te daré tu dinero ahora mismo.

Recogió una cartera de piel de sobre una carcomida silla y la tiró hacia Champan, que la recogió al vuelo con la izquierda.

—Gracias, señor Gatlin. Ahora me iré y…

—¿No te aseguras de que están los doscientos cincuenta mil dólares?

—¿Para qué? —sonrió Chapman—. Sé que usted va a jugar limpio conmigo. Sin mí, no habría podido conseguir tan perfectamente su plan. Además, puedo serle muy útil en lo sucesivo. De Brando puede decirle si soy o no soy un muchacho despierto… Tengo la impresión de que me considera… o, me consideraba, el mejor de la clase de alumnos especiales…

—Está bien, Chapman. Flint te acompañará al coche, y cuando

te hayas marchado, nosotros seguiremos con los De Brando.

—Estupendo. No quiero ver eso… ¿Para qué? Pero sí me gustaría saber dónde tengo que reunirme con ustedes, señor Gatlin, para salir hacia Perú. Prefiero llegar allí por mis medios, a mí manera.

—Me alegra que hables de eso, Chapman —Gatlin se volvió hacia De Brando, que continuaba sujeto entre Lowell y Flint—. Me alegra, ya que así he recordado que tengo que decirle mis planes a Mike de Brando. Unos planes simples, De Brando. Tenía escondidos casi dos millones de dólares. Con ellos empezaré de nuevo, en Sudamérica… No sé si Chapman le ha explicado ya que nadie podrá detenernos. Tengo un helicóptero escondido ahí fuera. Con él llegaré hasta donde me espera un avión que me llevará a Perú, inicialmente. Una vez allí, le juro que dedicaré todo ese dinero a luchar contra el FBI, en lo que sea y como sea. Es posible que me dedique al espionaje, o al sabotaje, a la subversión… Haré cualquier cosa por molestar al FBI. Y una cosa le aseguro, De Brando: yo iré localizando agentes del FBI, y todos ellos, uno a uno, irán siendo asesinados. ¡Pagarán todos muy caro esos diez años de mi vida! ¡Yo les…!

—Señor Gatlin —le interrumpió Chapman, evidentemente nervioso y preocupado—. Creo que está alargando esto demasiado, y le aseguro que no es conveniente. El mejor hombre del FBI. Clarence Hadaway, está buscando a la niña. Y con él van cuatro de los mejores agentes, entre los cuales están Tony Leopard, Nat Conway…

—No importa eso, Chapman. Yo quiero saborear lentamente mi venganza.

—De acuerdo. Pero es su venganza, no la mía. Yo quiero marcharme de aquí cuanto antes. Dígame dónde nos vemos para tomar ese avión que nos llevará a Perú, y me iré a toda marcha.

—De acuerdo. Flint le llevará al coche —Gatlin se volvió un instante hacia Flint, de modo que Chapman ni pudo ver el maligno gesto de uno de sus ojos, que estuvo, en cambio, muy claro para De Brando—. El lugar donde tenemos que reunimos es el aeropuerto de Opa Locka, de Miami. Exactamente mañana, a las diez de la noche…

—¿Cuál será mi avión?

—Una gran avioneta azul y blanca, con las letras «FLA-2828».

—Magnífico. Supongo que sus hombres deben estar esperándole allí, con el dinero… ¿Cómo sabré que son ellos? ¿Cuántos son?

—Tres. Pero el dinero… —Gatlin se echó a reír—. El dinero no lo tienen ellos. Está en una caja de cierto Banco de Miami, de la cual tengo yo la llave —se tocó el bolsillo—, que estaba precisamente escondida en esta granja, junto con esos doscientos cincuenta mil que tú te llevas en efectivo.

—Todo magnífico. Y ahora…

—Una cosa, Chapman: si no estás allí a la hora prevista, te quedarás en tierra. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Pues eso es todo. Si no te gusta ver estas cosas, ve al coche y márchate. Flint, ve con él.

—No necesito la compañía de nadie —sonrió fríamente Chapman—. Ni usted va a necesitarla ya nunca más, Gatlin.

Amos Chapman alzó un poco más la pistola de De Brando, apuntando directamente al corazón de Broderick Gatlin, y apretó el gatillo. Su acción fue tan rápida que nadie consiguió reaccionar.

Simplemente, le metió una bala en el corazón al ex presidiario, matándolo en el acto, fulminándolo.

Como si todo él fuese un perfecto robot infalible, Amos Chapman se ladeó ligeramente hacia donde estaba De Brando sujeto por los otros dos hombres, y volvió a disparar, fríamente, impasible, metiendo la segunda bala justo en el centro de la frente de Flint, que aún tuvo tiempo de lanzar un chillido antes de saltar hacia atrás grotescamente, muerto.

Lowell también saltó hacia atrás, pero fue por su propio impulso, para enfilar mejor en su línea de tiro a Amos Chapman. Apretó el gatillo… justo cuando Mike de Brando también saltaba, colocándose exactamente en el camino de las dos balas, que chascaron en su cuerpo.

Lowell lanzó un grito de pánico, de asombro Incrédulo, más bien, ante la acción de aquel gigante… Y ya no tuvo tiempo, de más; la tercera bala disparada por Amos Chapman le partió el corazón, infalible, certera, exacta.

Amos Chapman tiró la pistola y se apresuró a sostener a Mike de

Brando, que parecía una torre tambaleante, con las manos crispadas en la parte inferior izquierda del pecho.

Por primera vez desde que Mike conocía a Chapman, éste estaba pálido, verdaderamente impresionado.

—¿Está loco? —gimió—. ¡Esas balas no eran para usted!

—Amos, llévate… llévate de aquí a Bonnie… Llévatela…

La niña había corrido hacia su padre, y se abrazaba a sus piernas, llorando fuertemente, con un grito agudo de miedo, de terror. Chapman ayudó a De Brando a llegar al balancín y lo sentó allí, arrodillándose inmediatamente ante él y rasgando la camisa, para dejar al descubierto los dos boquetes de las balas disparadas por Lowell. Se pasó la lengua por los labios, sobresaltado, tenso.

—Dios…

—Llévate de aquí a Bonnie… Ahora… Puede haber más…

—No hay nadie más, señor. Me aseguré muy bien.

De Brando sonrió crispadamente y pasó su brazo derecho por los hombros de su hija, mirándola.

—Mi pequeña Bonnie… ¿Estás bien? No llores más… Ya no llores, Bonnie, todo ha pasado… No llores… Papá es demasiado grande para que dos balas le hagan daño… Eso es; no llores. Lo recuerdas muy bien, Bonnie; siempre se ha de hacer lo que… lo que corresponde. Y ahora corresponde… no llorar…

Amos Chapman había salido de la granja, corriendo, y regresó también a toda velocidad, con el botiquín de Mike de Brando. Bonnie de Brando, abrazada por su padre, permanecía rígida, tragándose las lágrimas sin un solo estremecimiento. Chapman la miró, en verdad impresionado, y abrió el botiquín, sacó las pocas gasas que había, el rollo de esparadrapo grande, las tijeras… En poco más de dos minutos, con las gasas había taponado lo mejor posible las heridas, y con los restos de la camisa de De Brando las cubrió, sujetando los trozos de tela con tiras de esparadrapo. Cuando terminó y alzó la cabeza para mirar al profesor especial, éste le miraba sonriente, pero pálido, con la frente llena de sudor, un poco desencajado el rostro.

—¿Y ahora, Amos?

—Oh, vamos, ¡deje de hacer de profesor, ahora!

—¿Por qué, Amos? Algo tienes que hacer ahora, en esta situación… Dime, ¿qué es lo más conveniente? ¿Llamar a tus

compañeros? ¿Están cerca, quizá?

—No están cerca. No quise que intervinieran en esto; era demasiado peligroso.

—Has hecho una gran jugada, Amos. De las mejores que conozco.

—Está hablando demasiado. Lo mejor será que vayamos al coche. ¿Podrá caminar?

Mike de Brando soltó una seca risita y se puso en pie, tan sólo apoyándose ligeramente en los frágiles hombros de su hija.

—Al coche, Bonnie. Siempre hay que obedecer a quién está en mejores condiciones para mandar. No lo olvides.

Amos Chapman refunfuñó algo y se pasó un brazo de De Brando por los hombros. Llegaron al coche sin ningún contratiempo. Parecía como si el profesor especial ni siquiera estuviese herido… Pero cuando quedó sentado en el asiento de atrás, junto a su hija, su rostro estaba completamente blanco, y su frente se hallaba ya completamente humedecida de frío sudor.

El alumno pasó al volante. Se sentó y sacó la radio de bolsillo, con la esperanza de que alcanzase hasta sus condiscípulos.

—Amos llamando a Grupo Especial. ¿Alguno puede oírme?

Sin respuesta. Estaban utilizando radios de entrenamiento en la academia, de corto alcance; no esas radios que más adelante se les facilitaría, poco más grandes que un encendedor y que podrían alcanzar incluso cien millas. La guardó, puso el coche en marcha y partió de allí.

—Te dejas… los doscientos cincuenta mil dólares, Amos…

—Ya volveré a por ellos; ni Gatlin ni los otros podrán llevárselos, supongo. Lamento haber hecho todo esto, señor, pero…

—Lo has hecho muy bien.

—Me pareció que si no aceptaba la proposición de Gatlin, él buscaría otro sistema, señor. Y creí… conveniente seguirle el juego hasta el momento justo. De no haberle obedecido, él habría hecho las cosas de otro modo… En lugar de raptar a su hija, quizá la habría asesinado, a distancia. Quería primero asustarlo a usted y luego matar a la niña delante de usted… Me pareció mejor dejarle creer que todo iba saliendo según sus planes, evitando así sus posibles acciones violentas, radicales. Si me hubiese negado a trabajar para él, no sólo cabía la posibilidad de que encontrase a

otro alumno realmente traidor, sino que habría adoptado medidas diferentes. En cambio, de este modo, yo lo he tenido controlado en todo momento, aprovechando su deseo de que usted viese cómo mataba a su hija. Quiero que sepa, con toda claridad, señor, que en todo momento yo he estado de parte de usted, y que lo que he hecho…

—Eso ya lo he comprendido, Amos… Una jugada astuta, de veterano… Supongo que avisarás para que… en Miami, en el Opa Locka Airport, sean… detenidos los tres hombres que… esperan con la avioneta…

—Ése era otro de mis propósitos, señor; destruir completamente a Broderick Gatlin y todo cuanto se relacionase con él. Por eso esperé hasta el último segundo, incluso sabiendo que Flint tenía orden de matarme, afuera. No soy ningún tonto, señor.

—Comprobado —rió secamente De Brando—. Gatlin escogió, sin duda, al más listo de los alumnos, pero… no tuvo suerte… Todo lo que se ha perdido ha sido mi casa…

—Bueno… Con una pequeña parte de esos doscientos cincuenta mil dólares se podrán pagar todos los daños, señor —rió Chapman.

—Es una… buena… idea… Igual que la de… de avisarme de que habías… colocado la bomba en… en el pabellón de… Comprendí… que estabas de mí parte cuando… cuando Gatlin te… preguntó por qué no habías volado… el pabellón… Él no te había… ordenado que me avisases de eso. De lo de mí casa, sí, porque… me quería… vivo, pero quería que… que veinte muchachos.

Amos Chapman miraba hacia el asiento de atrás por el retrovisor, preocupado. La voz de Mike de Brandóse iba debilitando a cada segundo.

Sacó de nuevo la radio y la accionó.

—Amos llamando a Grupo Especial. Tully, Peter… ¿podéis oírme?

—¿Quién es usted? —Se oyó de pronto una voz desconocida en la radio.

—¿Y usted? —Gruñó Amos—. ¿Quién es?

—El FBI. ¿A quién está llamando? ¿Es usted Amos Chapman?

—Sí. ¿Y usted?

—Clarence Hadaway.

—Oh… Magnífico, señor. Estoy en la carretera que desde

Orange lleva a Culpeper. El profesor De Brando…

Los dos coches se detuvieron en seco, al otro lado de la carretera, y Amos también frenó. En total, fueron cinco los hombres que se apearon, corriendo hacia allí. Todos llegaban a los seis pies de estatura, excepto uno de ellos, que los rebasaba sobradamente. Era incluso más alto que Mike de Brando.

Amos se apeó y quiso dar una explicación al que estaba abriendo la portezuela de atrás, pero no mereció la menor atención. El hombre entró en el coche, quedando ante De Brando.

—Mike, ¿cómo estás?

—Creo… que aguantaré, Clarence… Pero no quiero que… que Bonnie esté conmigo, por sí…

—Está bien. No hables ahora. Veamos esto.

Encendió la luz del coche, arrancó parcialmente la cura provisional hecha por Chapman, sin preocuparse por mancharse la mano de sangre, y examinó con ojo experto los boquetes, ya inflamados, tapándolos con la otra mano, para que la niña no los viese.

—Saldrás de ésta, Mike.

—Ese chico, Amos… Amos Chapman, es… especial, Clarence… Será como tú, como Tony, como…

—Como tú mismo. De acuerdo. ¿Qué tal si cierras la boca?

Salió del coche. Amos se colocó ante él.

—Se puso delante cuando dispararon contra mí. El quiso…

—Que usted, que estaba armado, fuese el que llevase la mejor parte, para sacar de allí a Bonnie. Conozco a Mike, Chapman. Pero no es momento de hablar ahora. Las heridas, en sí, no son graves, pero está perdiendo mucha sangre. Nat, tú pasarás delante, con uno de nuestros coches, abriendo camino. Burton —miró al más alto de todos—, tú llevarás el otro coche, con Chapman. Xavier irá contigo. Xav, tú llama al helicóptero que tenemos rondando por aquí, que nos salga al paso cuanto antes para trasladar a Mike a Washington…

—Quizá en Culpeper…

—No. Aguantará muy bien hasta allí, y lo prefiero así. Tony, tú que eres el más simpático, hazte cargo de Bonnie. Mike no quiere que esté con él, por sí… la cosa acaba mal. Cuéntale cosas.

—Sé buenos cuentos infantiles —sonrió Tony Leopard.

—Yo llevaré el coche de Mike, a toda marcha. Vamos, vamos, Nat, abre camino. Hay que ahorrar tiempo y distancia al helicóptero… Todos los minutos son buenos.

Alrededor de Amos Chapman todo fue vertiginoso movimiento. En menos de cinco segundos, todo estaba listo. Tony Leopard pasó hacia uno de los coches, llevando en brazos a la hija de Mike de Brando.

—¿Conoces el cuento de la tortuga con campanillas? Te lo voy a contar. Verás; una tortuga que…

ESTE ES EL FINAL

—¡Ahí está! —exclamó Peter Rumsey—. ¡Ya ha llegado, muchachos! ¡Ha llegado durante mi turno de vigilancia, he sido el primero en verlo!

Los otros cinco se abalanzaron hacia la ventana, apelotonándose allí, mirando hacia el nuevo chalet de Mike de Brando, construido a toda velocidad, con la colaboración personal de sus alumnos, incluso. No quedaba en ninguna parte ni rastro de la explosión. Y el chalet parecía el mismo.

—Está mirando la casa como si no lo creyera —musitó Randall.

—Pues la casa está ahí, y tendrá que creerlo —rió Morton.

—Va a por las cosas, al coche…

Lo vieron sacar del coche una sola maleta. Luego subió al pequeño porche y empujó la puerta, suavemente. Los alumnos rieron quedamente, divertidos.

—¡Toma un trago de tu propia medicina! —exclamó Lewis Gilbert.

—Me gustará ver cómo entra en su casa, sin llave.

—Se está quitando un zapato… No. No se lo quita… No sé lo que ha hecho…

Al sol de la mañana, algo brilló en la mano derecha de Mike de Brando, a lo lejos. Algo delgado, que se introdujo en la cerradura…

—¡Llevaba una ganzúa en el zapato! Y está entrando, tan tranquilo…

—¿Qué otra cosa esperabas? —sonrió Amos Chapman—. Cuando tú vas a la Luna, él ya vuelve de Marte.

—Ha entrado… La puerta se ha cerrado…

—Bueno… —Peter Rumsey se frotó las manos alegremente—. ¡Mañana, clase con el Hueso!

—¡Vuelve a salir, sin la maleta! Y lleva… su libreta para el Aula Cero…

—¿Qué hora es? —gritó Chapman.

—Las ocho menos dos min…

—¡A clase! —aulló el mejor de los alumnos—. ¡Todos a clase, zoquetes! ¡Él va al Aula Cero!

—Pero acaba de…

—¡A clase todos!

Cuando llegaron, corriendo, Mike de Brando ya estaba sentado a su mesa, con un cigarrillo en los labios. Se le veía un poco demacrado todavía, pero firme, impávido.

—Buenos días, señor…

—Buenos días, caballeros.

Se sentaron todos, y Mike de Brando abrió su libreta grande, para clases en el Aula Cero. Estuvo mirándola hasta que cesó todo rumor. Entonces alzó la cabeza y miró hacia sus alumnos.

—¿No ha tenido tiempo de peinarse, Tully? Usted, Amos, acabe de apretar su corbata; el mejor lo ha de demostrar en todo. Randall, el cuello de la chaqueta… Eso es. Bien: hoy toca Geografía Submarina, ¿no es cierto? Espero que hayan estudiado lo suficiente durante estas tres semanas que ha durado mi ausencia. Sé ya que Amos llegará al final del curso. Los demás, tendrán que hacer lo posible por conseguirlo. Todo el esfuerzo ha de ser puesto en marcha, en todo momento, ya lo saben —hizo una breve pausa y casi sonrió—. Yo… les estoy agradecido por lo que han hecho por mí. Ya sé todo eso de la casa nueva, y me ha… parecido simpática la broma de la puerta cerrada. A todos, gracias. Sinceramente, gracias. Ah, y otra cosa —miró su reloj—. Han llegado ustedes con tres minutos de retraso. Espero que esto no volverá a ocurrir. Caballeros; la clase ha empezado…

FIN

DESDE AHORA

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

publica en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

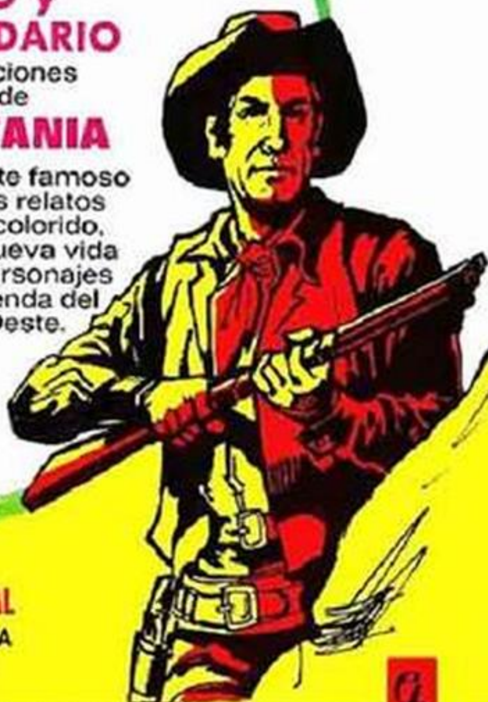
en sus series

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL

**ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…